

BOLSIBROS BALGUERA

PUNTO

ROJO

BRIGADA DE NARCOTICOS

Curtis Garland



COLECCIÓN

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección **SERVICIO SECRETO:**

1.455. - Horas de terror.

En Colección **PUNTO ROJO:**

834. - Los terroristas.

En Colección **LA HUELLA:**

134. - Pasaje sin salida.

CURTIS GARLAND

BRIGADA DE NARCOTICOS

Colección **PUNTO ROJO** n.º 848
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B. 13.870 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: julio, 1978

© Curtis Garland - 1978

texto

© Desilo - 1978

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Camps y Fabrè, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**

Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) - Barcelona - 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Sonny *Rat* Simpson era un tipo que justificaba su apodo.

Tenía rostro de rata, de hocico alargado, boca estrecha, dientes desiguales, sucios y afilados, un bigote hirsuto y rubio, con calvas, ojos pequeños y oscuros, de brillo huidizo como el de una verdadera rata de los muelles.

Además, los muelles eran precisamente su campo de acción. Ciertamente se le podía encontrar también en otros lugares de la ciudad, como Whitechapel, Blackfriars e incluso en Soho, especialmente por las noches, entre los luminosos de las *sex-shops* y los espectáculos de *burlesque* y *strip-tease*. La gran debilidad de Sonny *Rat* Simpson, se dividía entre dos objetos igualmente codiciados: el dinero y las mujeres. Especialmente, las mujeres algo rollizas. Como él decía, con su tono *cockney*, arrastrado y a veces ininteligible: «Buen trasero y buenas tetas, y dinero para disfrutarlos». Ese venía a ser su código en la vida. Evidentemente, se conformaba con poco.

Ciertamente que las mujeres de su tipo sobraban en los garitos que él frecuentaba, porque allí no se podían pedir exquisiteces propias del West End o de la City. Pero el dinero ya era otra cosa. Siempre costaba de ganar. Incluso cuando uno se dedicaba a la profesión habitual de Sonny.

Esta vez, sin embargo, era muy diferente. El «golpe» era bueno. Inmejorable. Iba a proporcionarle la friolera de mil libras esterlinas. Para él, eso era como sueño. Mil libras para gastarse en buena cerveza, *scotch* del mejor... y chicas rollizas, de senos exuberantes y nalgas prominentes.

Además, hasta podría comprarse unas cuantas cosas que necesitaba, y pagar algunas deudas. Por supuesto, Sonny no había dudado ni un momento en decirle a Mackie lo que pensaba del asunto:

—Cuenta conmigo. ¿Qué he de hacer?

—Eso te lo diré a la noche —le había contestado Mackie—. Te espero a las nueve, en el *pub* de Hickory. No faltes.

—Estaré puntual, no temas —rio Sonny—. Por mil libras soy capaz de hacer lo que sea. Oye, Mackie, ahora quisiera beber un trago, pero no tengo un penique...

—Está bien. Toma dos libras. Es todo lo que voy a darte. Y es cosa personal. No estoy autorizado a dar anticipo alguno a nadie.

—Sí, lo entiendo —aceptó Rat, humedeciendo sus labios con la lengua, más parecido que nunca a un miserable y sucio roedor de alcantarilla, y recogiendo al vuelo el billete que Mackie le tendía—. Hasta las nueve, amigo. Y gracias.

—No faltes —le advirtió su compinche—. El asunto es fácil y productivo.

—Seguro. No faltaré —prometió Sonny, alejándose en busca de un sitio donde remojarse antes de lo posible.

Y su huidiza figura de hombrecillo sinuoso se perdió entre los muelles del Támesis, mientras Mackie regresaba al oscuro automóvil que le estaba esperando en las proximidades de Southwark Road.

Así comenzó el plan para Sonny Rat Simpson. Como tantos otros. Solo que él ignoraba que este iba a ser diferente a todos los demás. Y no solo porque tuviese la perspectiva de ganarse mil libras, sino por una razón mucho más inquietante que esa, caso de haberlo llegado a sospechar.

Porque aquel nuevo y excelente «golpe» que tanto dinero parecía iba a reportarle, significaba ni más ni menos que su propia muerte.

Era su vida la que estaba en juego en esos momentos, aunque él creyese que se trataba simplemente de una actividad más en su habitual tarea de introducir drogas en el mercado londinense.

—Drogas, ¿eh?

—Claro. Un cargamento muy bueno. Hay «nieve» abundante^[1]. Unas diez libras.

—¡Diez libras! Eso vale una fortuna...

—Bueno, ya sabes tú cómo trabaja el Profesor.

—El Profesor... ¿Es él quien está detrás de todo esto?

—¿Quién, si no? Su organización. Nadie en Londres se atrevería a meter delante mismo de las narices de Scotland Yard una cantidad

semejante de mercancía, así por las buenas. Ya sabes lo listo que es el tipo. Siempre se las ingenia para burlar a la policía.

—Se las ingeniaba —le replicó, algo cauto, Sonny Rat, apoyándose en la lustrosa madera de nogal del mostrador del pequeño y coquetón *pub* de Hickory, en una callejuela próxima a King Williams Street—. Últimamente, la cosa no ha funcionado tan bien.

—¿Te refieres al asunto de Sam McCowan? Ese fue un imbécil. Se dejó coger inexplicablemente, Sonny. Con las manos en la masa. No acertó a librarse de la mercancía, y encima hizo frente a los policías.

—Y ellos le barrieron. A él y a su compinche, Fat Stewart. Quedaron como dos coladores los pobres. Y ni siquiera llegaron a rozar a esos bastardos...

—Y tan bastardos —masculló Mackie, furioso—. Se trata de esos dos malditos sabelotodo, los de la Brigada de Estupefacientes de Scotland Yard. Jason y Barnes, malditos hijos de perra.

—Jason y Barnes. Los más jóvenes del grupo —asintió Rat, humedeciendo de nuevo los delgados labios, nerviosamente. Miró hacia la puerta y las vidrieras emplomadas de la taberna, como si por ellas pudiera aparecer de súbito todo un enjambre de policías—. Y los más eficaces. Se dice que no les falla nada de lo que tocan.

—Tonterías —rezongó Mackie con una risotada, haciendo llenar de nuevo los vasos con *scotch*—. Son como todos. Solo que han tenido un poco de suerte, y además se la juegan en cada empeño. Cosas de la juventud. Les gustaría llegar arriba, ser inspectores pronto. Pero algún día terminarán en el fondo del río, con varias libras de plomo en el cuerpo.

—De momento, están vivos y bien vivos los dos —murmuró Sonny, encogiéndose de hombros—. Y si Stewart y McCowan eran del grupo del Profesor... igual podría ocurrirnos a nosotros.

—No seas imbécil. Ni siquiera somos de su grupo tú y yo. Trabajamos libremente, ¿no? Aceptamos buenas ofertas, y nos quedamos al margen de los grandes del negocio. Eso es lo cómodo.

—Tal vez, pero... no sé —gruñó Sonny, sacudiendo la cabeza. El rostro ratonil reveló cautela y prevención—. Bueno, al grano. ¿De qué se trata?

—Ven, hablaremos de ello en la mesa. Aquí no es prudente —

tomó el vaso de *whisky* y caminó hacia una de las pequeñas mesas solitarias que se extendían a lo largo de la pequeña taberna. Sonny le siguió con su bebida.

Una vez acomodados los dos hombres, se miraron pensativamente. Un remolcador hizo sonar su sirena en el río, camino del puente levadizo de la Torre. Sonny habló primero:

—Bueno, te escucho. ¿Qué debo hacer para ganarme esas mil?

—Es tarea sencilla, Sonny. Deberás recoger la mercancía en un punto determinado de los muelles, e ir con ella a cierto lugar.

—¿Solo eso? —se extrañó el hombrecillo.

—¿Te parece poco? Vas a introducir diez libras de mercancía en la ciudad. Tú te ganarás las mil libras, pero nuestros clientes se ganarán veinte veces más, como mínimo.

—Supongo que tendré un medio de ocultar semejante fortuna en «nieve» de forma que los de la Brigada no me descubran... —musitó Sonny, pensativo.

—Por supuesto —rio Mackie—. Todo estará en regla. Y será muy sencillo... y eficaz, te lo aseguro. ¿Aceptas?

—Cuando sepa la forma de introducir la mercancía te diré lo que decido. No me gustaría ir a parar unos años a la cárcel por apresurarme en una decisión...

—Sí, lo entiendo. Es una postura muy lógica la tuya, Sonny. Pero yo no puedo darte demasiados detalles. Lo tengo prohibido. Solo quiero que sepas que debes aceptar ahora... o rechazarlo. Es mi última palabra. Entiéndelo, no es asunto mío. Cumpló órdenes, Sonny.

El hombrecillo meditó unos momentos. Por unos momentos, se vio cargado con paquetes de cocaína o heroína pura, rodeado de policías, y se estremeció. Por el otro, adivinó el bulto que harían en su bolsillo mil libras en billetes, y la cantidad de hermosas muchachas opulentas que podría hacer suyas con semejante suma, y tuvo que humedecer sus labios una vez más, con una sensación incitante y febril.

—Está bien —resolvió—. Qué diablos; me decidiré. Acepto.

—Bien... —Mackie suspiró con alivio. Palmoteó el hombro de su amigo, y sacó del bolsillo diez billetes de veinte libras, que deslizó disimuladamente entre las manos de su compinche—. Aquí tienes el anticipo que me han autorizado a darte. Tendrás ochocientos más

cuando termine tu tarea.

—¿Y... si terminase mal? —gimió Sonny.

—Eso no ocurrirá. Pero de ser así... no debes temer nada. Te sacarían de allí bajo fianza. Tendrías todo resuelto. El Profesor no deja en la estacada a sus amigos y colaboradores; deberías saberlo.

—Lo... lo sé. Todo el mundo lo dice. Pero si disparasen contra mí...

—Nadie va a disparar, no seas necio. Tú no vas armado. En el peor de los casos, te entregas y dices que no sabes nada.

—Tengo demasiados antecedentes. No me creerían.

—No seas necio. Estás hablando de cosas que no van a ocurrir. Pero en el peor de los casos, te encerrarían por traficar en drogas. Luego verían que es demasiada dosis para una persona como tú, y te dejarían ir. Ellos buscan peces gordos, no pequeños. Ni tú ni yo les interesamos lo más mínimo, créeme.

—Está bien, veremos... ¿Cómo llevaré la droga?

—Verás... es muy sencillo...

Sonny escuchó, y sus ojos se abrieron, sorprendidos. Al final, asintió, con pupilas centelleantes que, por lo pequeñas y negras, se parecían como nunca a los ojillos malignos de una rata de los muelles.

—Eso sí que es ingenioso —rio de buena gana—. No podrán hacer nada. Ni siquiera esos dos tipos de la Brigada, si llegaran a sospechar algo.

El superintendente Harvey Ryan, jefe de la Brigada Especial de Estupefacientes de New Scotland Yard, contempló pensativo a sus dos subordinados.

—Así están las cosas, muchachos —dijo, escueto—. La confidencia recibida por teléfono era anónima, como las veces anteriores. Alguien se la tiene jurada al Profesor, no hay duda.

—Adelante —invitó Mark Jason—. Le escuchamos, señor. ¿De qué se trata esta vez?

El superintendente estudió al joven atlético, enjuto, vestido con pantalón gris y cazadora negra de cuero con cremallera, que acababa de hablar. Los ojos acerados, el rizado cabello oscuro y las facciones firmes y viriles, no expresaban ninguna emoción especial en estos momentos.

Tampoco su compañero, Ed Barnes, reveló nada con su gesto

algo indiferente. Era tan joven como su compañero, y bastante más rubio. Pelo liso, rebelde, ojos azules, boca apretada, nariz recta y figura de deportista. Ni él ni Mark Jason habían cumplido los treinta años todavía. Pese a ello, empezaban a ser considerados los dos héroes de la Brigada, e incluso de todo Scotland Yard.

—Cocaína —dijo el superintendente Ryan—. Diez libras.

Ed Barnes, el rubio policía, silbó entre dientes. Cambió una mirada con Jason, cuyos grises ojos revelaron cierto estupor.

—¿Se atreven a tanto? —dudó.

—El Profesor se atreve a todo —comentó ásperamente Ryan.

—¿Otra vez el Profesor? —indagó Barnes.

—Ya veis que sí. Os ocuparéis del asunto vosotros dos.

—Está bien —movió afirmativamente la cabeza Mark Jason, frotándose el mentón con el dorso de su mano—. ¿Qué debemos hacer?

—Actuar por separado.

—¿Por separado? —Jason arrugó el ceño—. No estamos acostumbrados a eso...

—Ya lo sé. Pero esta vez el asunto parece diferente. Lo cierto es que el supuesto portador de la droga, es solo un señuelo, una especie de reclamo para la caza.

—¿De veras?

—Sí. El Profesor es muy listo. Tras fallarle el anterior envío y morir sus dos compinches, McCowan y Stewart, ha querido asegurarse esta vez, poniendo a un hombre de paja de ínfima categoría: un tal Sonny Rat Simpson.

—Sonny... —rio entre dientes Barnes, afirmando con su rubia cabeza—. Le conocemos. Un tipo insignificante. Le gustan las mujeres gordas y el dinero. Como a muchos de su calaña.

—Ese fingirá llevar la droga. Creo que ni él sospecha realmente que la lleva. Solo será un producto inofensivo, escondido como si fuese auténtica droga.

—Ya. ¿Y la verdadera droga...?

—La llevará otra persona, Barnes. Una tal Laura Court.

—¿Una mujer? —Pestañeó el rubio, interesado.

—Y de gran belleza. No figuran antecedentes suyos en este negocio. De ahí lo inteligente del juego.

—Yo me ocuparé de la chica —decidió rápido Barnes.

—Ni hablar —rechazó Jason—. Es asunto mío. Tú manejarás mejor a Sonny.

—A esa rata lo maneja cualquiera —gruñó Mark—. ¿Lo jugamos al azar?

—Conforme. Pero usa monedas legales, no una con dos caras o dos cruces, ¿eh? —avisó Jason—. Deja primero que la vea.

—Ahí tienes. Media libra perfectamente legal —le tendió la moneda heptagonal^[2], con disgusto aparente—. ¿En regla?

—En regla. ¿Quién elige?

—Tú mismo. Para que veas que no hay manipulación. Vamos ya —la lanzó al aire y la tapó.

—Cara —dijo, rápido, Jason.

—Lo siento. Es cruz —rio Barnes mostrándola—. La chica es para mí.

—Vete al diablo —se enfadó el policía de ojos grises. Miró al superintendente—. Bien, ¿qué hemos de hacer?

—Ahora ya que os habéis jugado vuestra misión a cara o cruz, escuchadme —dijo con sarcasmo el superintendente—. Esta noche, en los muelles, vosotros dos...

CAPÍTULO II

Sonny *Rat* Simpson miró en derredor furtivamente, como él acostumbraba a hacerlo.

Luego, saltó a tierra desde la embarcación, en los muelles de Santa Catalina, a espaldas del puente de Londres, justamente frente a West Docks.

Se detuvo en el resbaladizo asfalto del muelle. La oscuridad era profunda, con excepción de las luces de aquella margen del río, y alguna que otra procedente de las embarcaciones de carga alineadas a lo largo de los docks del Támesis.

Entornó los negros ojos recelosos, que se hicieron aún más pequeños. Escudriñaron las sombras en la zona portuaria. Conocía bien aquellos parajes. Eran su mundo. Un mundo con olor a grasa, a agua sucia, a basuras y a gasolina. Un mundo que a él le gustaba. Y que para él era como la palma de su mano. Podía moverse por él con la misma endiablada agilidad y seguridad que las ratas grises que merodeaban de sitio en sitio, buscando alimentos.

Pero aun allí, podían llegar los hombres del Yard. Especialmente, los hombres de la Brigada Especial. Los de Estupefacientes. Alguien les había llamado en Londres la Brigada Suicida. Tal vez lo fuesen. Si no suicidas, sí astutos, rápidos y eficaces. Fuertes y audaces también. Muy peligrosos, ciertamente.

Y él, en esos momentos, llevaba consigo un cargamento de droga. Nada menos que diez libras de «nieve» pura. Una fortuna, al precio del mercado actual. Pero eso a él le reportaría mil libras. Y mil libras eran mucho dinero.

Llegó hasta la parte inferior del puente de la Torre, por Saint Katherine's

Way. El aire soplaba allí con fuerza. Era húmedo. Agitaba sus ralos cabellos de rata con fuerza. Pero eso no le importaba. Ese incómodo viento del río era para él algo familiar también. Como todo lo que

allí le rodeaba.

Echó a andar resueltamente, en busca del vehículo que debía recogerle en Saint

Katherine's

Way, si todo iba conforme esperaba Mackie. Lo malo es que no vio coche alguno a todo lo largo de la ruta ribereña. Empezó a inquietarse. Sonny se inquietaba fácilmente en cuanto las cosas no se mostraban demasiado claras para él.

La carga no era muy pesada. Después de todo, un par de cajas de cartón, con mimbres y sellos de su origen escandinavo, no resultaban excesivamente molestas de llevar. Le sobraban fuerzas para ello.

Pero aunque las cajas de cartón anunciaban su carga como inofensivas y sabrosas arenques en salsa de tomate y champiñones, lo cierto es que él sabía la realidad. Una serie de esas latas, en uno de esos embalajes, transportaba la droga en bolsas de una libra cada una. Exactamente diez. Diez latas con diez bolsas de plástico con la mercancía. Diez latas, entre cuarenta y ocho, exactamente. Aun así, cabía en lo posible que pudieran sorprenderle.

Y le sorprendieron.

De repente, una serie de luces confluyeron en él, en forma de potentes haces blancos, deslumbradores. Asustado, Sonny emitió un chillido de terror, soltando las dos cajas, que golpearon sordamente el mojado asfalto, yendo a parar a un negro charco de agua sucia y grasas.

—¿Eh? —gimió el ratonil individuo, angustiado. Sus ojos miraron en torno, con angustia—. ¿Qué mil diablos sucede? ¿Quiénes son ustedes?

—No te muevas ni intentes escabullirte, Sonny —avisó una dura voz, más allá de las luces—. No hagas nada. Lamentaríamos tener que disparar sobre ti.

—¿Disparar? ¿Por qué? ¿Pretenden robarme acaso? ¡No llevo nada conmigo que tenga el más mínimo valor!

—No vamos a robarte nada. Te hablamos en nombre de la ley. Levanta los brazos sobre tu cabeza, y no te muevas. No te pasará nada.

—¿Eh? ¿Son de la policía?

—Claro —rio la voz—. ¿Qué esperabas que fuésemos?

¿Marcianos?

Torció el gesto, obedeció la orden, y masculló con voz muy clara:

—No veo a qué viene todo esto... Yo no hago nada malo. Solo traslado mercancías de unos amigos. Es solo un favor...

—Sí, claro. Será mejor que no continúes tu transporte, Sonny. Este es ahora asunto nuestro.

—¿Qué diablos puede importarles a ustedes unas latas de arenques?

—Tal vez mucho. Me encantan las arenques —rio una voz. Y empezaron a salir hombres de detrás de los faros de automóviles ocultos, proyectados sobre él. A la cabeza de ellos, iba un hombre que no vestía uniforme, pero a quien conocía muy bien el hombrecillo de los muelles.

—¡Oh, no! —gimió Sonny *Rat Simpson*—. Usted. Mark Jason...

—En carne y hueso —rio Jason de buen humor, llegando ante el pillo, a quien estudió con gesto irónico, dándole luego un suave golpeteo en el hombro—. ¿De modo que otra vez a las andadas, Sonny?

—¡Le juro que no, esta vez no! —jadeó el hombrecillo, muy pálido—. Es verdad, solo son latas de conservas... Arenques danesas. Puede coger alguna, si le gustan. Pero no me complique la vida. Ese amigo mío se enfadará si se queda sin su carga de arenques...

—Pero tú sabes que son de contrabando, ¿no?

—Bueno, creo que no pasaron la aduana —admitió Sonny, guiñándole un ojo—. Pero eso no es delito como para movilizar a todo New Scotland Yard, Jason...

—No es todo Scotland Yard, sino únicamente la Brigada de Estupefacientes, Sonny —hizo un gesto. Dos hombres cargaron con sendas cajas de latería nórdica, en silencio—. Ahora vamos a ir al Departamento. Y allí examinaremos las latas de arenques de tu amigo. Si solo contienen arenques, no tendrás mucho que temer. Una multa de diez libras, posiblemente, y directo a la calle. No puedo detener a un hombre por meter de contrabando unas cuantas arenques en el país, después de todo. Sería un cargo de conciencia para mí, palabra. Bien, Sonny, en marcha...

Y con una amable sonrisa irónica, le invitó a subir a su coche,

un automóvil negro, con la matrícula oficial de la policía londinense. Sonny, en silencio, obedeció, dirigiendo a Jason una mirada de ira.

Hasta cosa de una hora más tarde, en una oficina de Scotland Yard, no empezaron a abrirse las latas de arenques. Las cinco primeras, resultaron realmente inocentes por completo. Al abrirse la sexta, empezó a palidecer más intensamente Sonny.

Los policías estaban dispuestos, evidentemente, a abrir todas las latas, una tras otra. Así, era irremediable que hallaran la fatídica carga.

Y así fue. En la sexta lata, bajo una sola capa de arenques con tomate, apareció, impregnada de grasa, una bolsita de plástico, con una libra de polvo blanco.

—Oh, no... —se lamentó Sonny, plañidero, cerrando sus ojos—. Yo no podía saber...

Mark Jason le contempló con una expresión pensativa en sus grises pupilas. Hizo un gesto ambiguo, indicando que siguieran abriendo latas sus compañeros. Y se limitó a comentar, sarcástico:

—Claro. Tú no podías saberlo... Pobre e inocente Sonny...

—¡Juro que nada sabía! —protestó vivamente Sonny—. No pueden culparme de eso...

Jason no dijo nada. Rompió un poco. Probó el polvillo blanco. Luego, enarcó las cejas. Pasó la bolsa a otro compañero. Le indicó que probase. Aquel lo hizo. Su gesto de estupor fue más claro aún que el de Jason.

—Pero Mark, esto no... —comenzó.

—Silencio —cortó él vivamente—. Seguid abriendo latas. Todas.

Le obedecieron, mientras Sonny seguía su retahíla de protestas y quejas plañideras, a las que nadie hacía caso en la estancia de paredes desnudas. Tras un largo silencio, en el que solo el ruido de las latas, al abrirse, fue audible en la habitación, hasta diez bolsas idénticas se alinearon sobre un plástico, encima de una mesa. Una a una, fueron todas ellas probadas.

Los policías permanecieron callados. Mark Jason dio unos pasos hacia Sonny. Este, mortalmente lívido, susurró amargamente:

—Haga conmigo lo que quiera, pero juro... juro que no sabía nada...

—Mientes como un bellaco, Sonny —le acusó fríamente Jason—,

pero no puedo retenerte aquí. Vete. Eres libre.

—¡Libre! —Sonny pegó un respingo. Incrédulo, miró al policía—. Eso... eso no es posible... No puedo creerlo... Se burla de mí, ¿verdad?

—¿Burlarme? No, Sonny. Nada de eso. Soy policía. De la Brigada de Estupefacientes. Sería ridículo arrestarte por el contrabando de veinticuatro latas de arenques danesas de contrabando. Vete, Sonny.

—Pero... pero ¿y lo demás? ¿Y esas... bolsas? La... la mercancía oculta en... en las latas... ¿No va a arrestarme por ello?

—No puedo, Sonny —dijo Jason, encogiéndose de hombros—. Meter bolsas de azúcar en latas de arenques puede ser una estupidez, pero nunca un delito.

—¡Azúcar! —El estupor paralizó al granuja.

—Eso es, amigo mío. Simplemente azúcar. Nada de drogas... por suerte para ti. Buenas noches, Sonny. Ah, y puedes llevarte un par de latas, aunque estén ya abiertas. Tu amigo no las querrá, posiblemente, pero tú puedes usarlas de cena...

Y soltó una carcajada, mientras Sonny *Rat Simpson*, abandonaba Scotland Yard con gesto de inmensa sorpresa, sin entender absolutamente nada de nada.

Ed Barnes miró a su compañero en aquel servicio, Rod Lennard, de la misma Brigada.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo—. Ahora, esperemos a la hermosa dama...

—¿Acudirá?

—Seguro. Eso dijo nuestro anónimo comunicante, a fin de cuentas.

—No entiendo muy bien este juego, Ed.

—Yo tampoco, Rod —confesó el rubio policía, con una sonrisa—. Pero hay que hacer lo que nos dicen. Y según sabemos, esa mujer, Laura Court, es nuestra presa esta noche.

—Una hermosa presa, según dicen.

—Sí, eso dicen —admitió Barnes, risueño. Recordó el juego de la moneda con su colega Mark Jason, y se echó a reír. Extrajo la moneda de su bolsillo. La mostró, rápido, a Lennard—. ¿Ves esto?

—Sí, claro. Es una moneda corriente, de cincuenta peniques. ¿Qué hay con ella?

—Nada. La tiro... y elige.

Lo hizo, lanzándola al aire. Rápido, el otro dijo:

—¡Cruz! —Y se quedó mirándole, con cierta perplejidad.

Ed Barnes destapó la mano. La moneda mostraba cara. Lennard se encogió de hombros. Luego, le tocó pestañear, asombrado. Al tomar el rubio policía la moneda y girarla entre sus dedos... ¡descubrió dos caras! Iguales entre sí.

—Pero... ¡me has hecho trampa! —Gruñó—. Cambiaste la moneda...

—Claro —rio Barnes—. Siempre hago trampa. Tengo tres monedas. Una, con cara y cruz, completamente normal. Otra, con dos caras. Y una tercera, con dos cruces. Rápidamente, según lo que elija mi contrario, cambio la moneda así... y ya ves: ahora son dos cruces. Perfecto, ¿eh? Me lo enseñó un tahúr de Blackfriars.

—Oh, Ed, eres un policía. No puedes hacer trucos sucios así...

—Pues los hago —le guiñó un ojo, guardando las monedas—. Gracias a él, estoy aquí contigo esta noche, y no es Mark quien te acompaña a ver a esa preciosidad que... ¡Cuidado! Creo que ahí está, en carne y hueso. Por lo que veo... mucha más carne que hueso...

Y agazapándose rápido, señalaba hacia la mujer que, majestuosamente, estaba descendiendo de un suntuoso «Rolls Royce» pintado de plata, envuelto en un aparatoso y carísimo abrigo de pieles de zorro, también plateados, portando, consigo un cuadro envuelto en papel de embalar, y arrastrando, también, por una cadenita plateada, a un caniche que, igualmente con collar de brillante tono plateado, caminaba graciosamente tras ella.

El insólito espectáculo tenía lugar ante la puerta de un local iluminado por luces parpadeantes y un anuncio en brillantes letras de fluorescente rojo, donde se leía:

BURLESQUE BIRDCAGE

Debajo de esas letras rojas, otras azules anunciaban:

CADA NOCHE, GRAN ACTUACIÓN DE LA
«ESTRELLA». LAURA SILVER.
LA HERMOSA REINA PLATEADA DEL MUSIC-HALL.

—Te lo dije —refunfuñó entre dientes Barnes—. Seguro que la tal Laura Silver era la propia Laura Court. Pero eso, ni su madre debe saberlo.

—Es la ventaja de conocer el Londres nocturno, ¿eh, Ed? —comentó zumbón su compañero.

—Ya lo ves. Ahora haremos una visita a la hermosa Laura en su camerino —señaló vivamente el rubio policía—. Seguro que encontramos algo... si nuestro comunicante no nos ha mentido.

—Yo apuesto por el cuadro. Es muy pesado, al parecer. Debe contener la droga.

—No te arriesgues demasiado. A lo mejor está dentro del caniche —rio entre dientes Ed Barnes, echando a andar resueltamente hasta la puerta del *burlesque*.

Y cuando Lennard esperaba que el rubio miembro de la Brigada de Estupefacientes mostrara su placa al portero para entrar, lo que hizo fue pedir dos entradas de platea en la taquilla y abonarlas religiosamente. Entraron, tras cortárselas el portero. Para entonces, la deslumbrante y rubia hembra de abrigo y botas plateados, con su cuadro envuelto y su caniche, habían desaparecido por la puerta del escenario.

—¿Por qué pagas? —Gruñó Lennard—. Pudimos entrar mostrando nuestras credenciales.

—Claro. Además, podíamos haber venido con un coche de sirena y luz roja, para hacer más disimulada nuestra presencia —gruñó Barnes, sarcástico, buscando indolente un asiento en la platea llena de humo y de olor a cerveza.

Se acomodaron los dos policías, cuando actuaban en el escenario una pareja de muchachas orientales, realizando un *strip-tease* lento y acompasado a las melodías de su tierra, que tenía un algo de exótico y un mucho de mal disimulada vulgaridad. Pero cuando estuvo terminado, entre un baño de focos rojos, hubo que admitir que, al menos, las orientales tenían unos bonitos senos y un cuerpo aceptable. Hasta recibieron algunos aplausos.

Siguió en programa un *travesti* de poca gracia, que cantó una tonada picaresca y terminó también con un desnudo integral, de dudoso gusto. En cambio, alguien reía de buena gana, junto a una columna lateral de la platea, como si al tipo le hiciera mucha gracia el *show*.

Barnes miró hacia el tipo en cuestión. Dio un leve codazo a su compañero de asiento.

—Mira ese —dijo entre dientes—. ¿Lo ves bien? El que se está riendo.

—¿Ese tipo rubio y delgado? ¿Qué hay con él?

—Es rubio teñido. Disfruta como un loco con los *travestis*. Además de marica, es el dueño de este local. Se llama Angus Lawrence.

—Buen pájaro... ¿Crees que está metido en el asunto también?

—Eso nunca se sabe. —Barnes se rascó los rubios cabellos con perplejidad en su gesto—. Pero no lo creo. Demasiado medroso para meterse en líos. En cuanto ve un policía, le entra diarrea.

—¿Te conoce?

—No estoy seguro. A Mark sí le conoce. Veremos actuar a nuestra dama de plata, y luego iremos a verla.

—¿No puede ser demasiado tarde? —dudó Lennard.

—No. La transacción, si se efectúa aquí, se hará más tarde, cuando ella esté segura de que no la vigilan. Y su contacto también. Espera. Vale la pena ver actuar a ese bombón. Además, en el lugar donde nos hemos acomodado, es difícil que nos vea nadie.

Eso parecía cierto. Se acomodaban en unos asientos arrinconados en las últimas filas, envueltos en la neblina del humo del tabaco que se fumaba libremente en la sala, como en casi todos los teatrillos y cines de Londres, y una columna lateral les protegía de la visión de muchos otros asistentes.

El *travesti* fue despedido con silbidos y aplausos, democráticamente repartidos. Luego sonaron los timbales y apareció la «estrella» de la noche. La gente prorrumpió en aplausos y vítores. La presencia de Laura Silver en el escenario, pareció despertar su más vivo entusiasmo.

Aparentemente, al menos, había razones para ello.

La rubia exuberante que surgió en el pequeño escenario con un telón de fondo de tiras plateadas de papel aluminio, centelleando a la luz de los focos, era todo un espectáculo por sí mismo. Aunque no hubiera sabido hacer otra cosa que saltar a la comba, la gente hubiera mostrado el mismo entusiasmo por su presencia. Lo cual hacía llegar a la lamentable conclusión que al público del Birdcage le traía perfectamente sin cuidado la calidad artística de sus

favoritos.

En el caso de la rubia Laura, se les podía perdonar semejante falta de sensibilidad artística. Al menos, eso pensó el propio Lennard, cuando vio emerger aquella impresionante escultura de carne viva, cimbreado como un demonio. Pero un demonio de especial calibre, capaz de marear a cualquier hombre con su sola presencia.

Laura Court, alias Laura Silver para el mundillo del espectáculo, tenía unos pechos fabulosos... Duros como piedras y grandes como obuses. Una cintura breve, unas caderas de ánfora, unas nalgas prominentes y hermosas, y unas largas piernas, de fuertes y llenos muslos. Era el sueño erótico de cualquier hombre, en suma.

Además de eso tenía un rostro agraciado, una sonrisa picara, una boca carnosa y sensual, y unos ojos azules llenos de vitalidad. Con todo eso bajo su dorado pelo suave, podía conquistar algo más que al público vocinglero y vulgar de un *burlesque* cercano al río.

Su voz era ronca, pero agradable. Y no bailaba, aunque se movía endemoniadamente de un lado a otro del escenario, mostrando una gracia y una malicia realmente deslumbrantes. Ed Barnes rio, al ver de reojo el gesto embobado de su colega.

—Vamos, aprovecha bien el momento —comentó, irónico—. Antes de que ella termine, iremos a la puerta del escenario. Está allí, tras aquella columna y las cortinas, donde antes estaba ese gay rubio, el dueño de este tugurio.

Asintió Lennard, disgustado por perderse parte del espectáculo de Laura Silver, cuya desnudez solamente ofrecía ahora tres prendas encima del cuerpo: las botas, el *slip* y el breve sostén, todo ello plateado brillante.

Cuando el sostén cayó de sus dedos, un «¡oooh!» de admiración acogió la desnudez de aquellos senos majestuosos y erectos como piedras, de un volumen insólito para su firmeza. Comenzaba a deslizarse su breve *slip* muslos abajo, cuando Ed tuvo la mala idea de ponerse en pie, y Lennard, a regañadientes, tuvo que seguirle, maldiciendo su condición de policía.

Momentos después, se hallaban en el escenario y, sin ser importunados por nadie, ya que Barnes se movía por allí con absoluta desenvoltura, llegaron ante la puerta de un camerino donde una estrella en papel de plata anunciaba el nombre de su

ocupante, Laura Silver.

—Aquí es —dijo Ed, probando el picaporte.

Este cedió, y entraron, ante el asombro de Lennard. Cerró Ed cuidadosamente la puerta tras de sí.

—Diablo, demasiado fácil, ¿no crees? —Gruñó Lennard—. Si lleva drogas encima por valor de todo ese dinero, es demasiado confiada...

—Si siempre lo hace así, cerrar precisamente hoy podría despertar sospechas —comentó Barnes encogiéndose de hombros—. Mira, ahí tienes el cuadro. El caniche debe estar en otro sitio, tal vez en compañía de alguien.

Los ojos de Lennard se clavaron en el gran cuadro envuelto en papel de embalar. Parecía fascinado por él. Avanzó, resuelto. Cambió una mirada con Ed.

—¿Crees que podemos...? —comenzó.

—Claro —asintió Barnes—. Ocupate de eso, ya que tanto te atrae, Rod.

El compañero suyo de la Brigada, rasgó el papel, sin hacerse de rogar. Apareció debajo un cuadro al óleo, pintado por algún artista mediocre. Pese a ello, era reconocible el desnudo de Laura Court, sobre un fondo de plata. Lennard se quedó absorto contemplando aquella anatomía de mujer.

—Vale más en persona —comentó.

—Busca, y olvídate de eso —le advirtió Ed, husmeando por todo el camerino—. No va a tener la mercancía bajo las pinceladas.

Rezongó algo Lennard entre dientes, y dedicó su atención al reverso del cuadro. El lienzo estaba reforzado, pero lo palpó sin notar en el refuerzo nada sospechoso. Luego contempló el pesado marco de madera. Lo fue golpeando suavemente, sin dar con señal alguna de vacío. Pese a ello, debió pensar que la propia droga podía cubrir el hueco y dar sonido sólido. Por tanto, procedió a desmontar rápidamente el marco.

Allá, en la sala, una estruendosa salva de aplausos acogía el final del número de la ocupante del camerino. Lennard cambió una mirada con Ed Barnes.

—¿Qué hago? —Gruñó.

—Sigue. Aunque ella vuelva, debemos continuar. Si hallamos la droga, no podrá hacer nada contra nosotros.

—¿Y... si no la hallamos? —gimió Lennard, preocupado.

—Entonces, podrá acusarnos de allanamiento, registro sin autorización judicial, abuso de autoridad, y un montón de cosas más. En suma, un embrollo.

—Ed, podemos vernos otra vez de patrulleros por las calles...

—No llegará a tanto la cosa. Sigue, vamos. Yo termino ya por mi lado. Solo me queda que ver... esto.

Lennard pestañeó, sorprendido.

—¿El abrigo de pieles? —murmuró.

—¿Por qué no? —Barnes tomó la costosa prenda, la sopesó, y luego la volvió bruscamente del forro—. Las pieles buenas acostumbran ser ligeras. Estas pesan demasiado, Rod. Y pesan por una simple razón...

Justamente cuando se abría la puerta del camerino, y Laura Court asomaba, palideciendo bajo su maquillaje, al ver a los dos hombres dentro, la mano del rubio policía, triunfalmente, exhibía algo entre sus dedos: un largo cinturón de piel, cosido interiormente al forro y que, dando vueltas a todo lo largo y ancho del abrigo, parecía formar parte de las costuras de este.

Pero en realidad, era una especie de serpiente de piel embutida, rellena con algo. Algo que debía pesar unas diez libras en total.

—¿Qué hacen en mi camerino? —gritó Laura Court, demudada—. ¡Fuera de aquí, llamaré a la policía!

—Nosotros somos la policía, señorita —anunció fríamente Ed Barnes—. Y va a tener que decirnos cómo llegó a su abrigo este recipiente de piel, donde debe haber, si no me equivoco, diez libras de cocaína pura...

Laura Court se desvaneció. Rod Lennard llegó justo a tiempo de recogerla entre sus brazos, mirando como hipnotizado la ahora próxima desnudez de aquellos pechos increíblemente grandes, hermosos y erectos.

—No te entusiasmes demasiado, Rod —suspiró Ed Barnes, guardando su credencial tras exhibírsela a la artista—. Déjala en ese sofá, y ve a llamar a un coche-patrulla. Creo que hemos terminado la tarea por esta noche... Nuestro anónimo comunicante no mintió...

CAPÍTULO III

—¡Nuestro anónimo comunicante sí mintió!

La frase brotó como un estallido, de la boca del superintendente Ryan, y Ed Barnes, Rod Lennard y Mark Jason, cambiaron una mirada de circunstancias, inclinando luego sus cabezas sumisamente.

—¡Estamos en ridículo! —tronó el jefe de la Brigada de Estupefacientes de New Scotland Yard, pegando un puñetazo violento sobre su mesa, que hizo iniciar una danza endiablada a su tintero, su cortapapeles y sus carpetas—. ¡Vamos a ser acusados de allanar el camerino de una artista, provocar su desmayo, registrar sus pertenencias ilegalmente, y abusar de nuestra condición de policías! ¡Y todo ello, para nada!

—Pero, jefe, ¿quién podría pensar, después de que las latas de arenques contuvieran solo bolsas de azúcar, que el depósito secreto de un abrigo de zorros plateados pudiera contener también... diez libras de sal de mesa? —preguntó plañideramente Mark Jason.

—No nombres la soga en casa del ahorcado —farfulló ásperamente Barnes, fulminando a su amigo con la mirada. Y repitió, desolado—: ¡Sal de mesa!

—Sí, sal de mesa. Refinada y pura, eso sí —añadió con sorna el superintendente, clavando sus ojos en sus subordinados—. ¿Qué diablos pudo suceder para que la gente se burlase anoche de nosotros en todos los frentes?

—Yo diría que es una jugarreta para desprestigiarnos. O que alguien adivinó a tiempo que habría un chivatazo, y jugaron en dos frentes, cambiando a tiempo la droga, ya estuviese en latas de conserva o en un abrigo costoso —apuntó Rod Lennard, con cierta timidez.

—Esa teoría es muy probable, sí —aceptó pensativo Mark Jason.

—No vivimos de teorías, muchachos. No ahora. El jefe me ha

hecho llamar —y miró arriba, al techo, como quién se refiere a Dios—. Supongo que me va a poner verde. Y yo tendré que justificar el patinazo de ayer. ¿Saben si esa chica, Laura Court, va a presentar denuncia?

—No podemos saberlo, señor —suspiró Ed Barnes, rascándose sus dorados cabellos lisos—. Pero si quiere, puedo intentar dialogar con ella, convencerla de que todo fue un error...

—No, no quiero más líos. Yo intentaré hablar personalmente con ella y razonar el asunto. Tal vez se avenga a razones, pero si forma parte de esa banda, dudo mucho que lo haga, la verdad.

—Viendo como se desmayó, igual podría ser culpable que inocente —opinó Lennard—. Pudo asustarse al vernos... o asustarse porque temía que halláramos la droga.

—En cuyo caso, ella estaría convencida de que portaba realmente cocaína, y no sal de mesa —gruñó el superintendente Ryan, paseando por su despacho del Yard como un tigre enjaulado—. Infiernos, esto es un lío. Teníamos un confidente que se ha burlado de nosotros... o que ha sido burlado por alguien más vivo que él.

—En cuyo caso, el confidente anónimo peligra ahora —señaló Barnes, pensativo.

—Sí, pienso igual que Ed —aprobó Jason—. Además, podría ocurrir algo más grave.

—¿Más grave aún? —dudó su jefe, mirándole ceñudo.

—Exacto. Imagine que el confidente nos chivato lo que sabía. Nosotros tendimos las redes... y la organización del profesor se enteró a tiempo a rectificó sus planes. ¿Qué podría sugerir eso?

—Dígamelo usted. No estoy para pensar en adivinanzas —cortó, seco, el jefe de la Brigada.

—Muy sencillo, señor —y Jason soltó su bomba particular en medio del despacho—. Que podría haber, a la vez, un confidente de la organización de traficantes en drogas... *dentro de la policía*. Aquí mismo, en la Brigada.

CAPÍTULO IV

—¿Lo dijiste en serio, Mark?

—Totalmente en serio.

—Me has dejado helado. Y creo que al superintendente mucho más. —Barnes meneó la cabeza, mientras su compañero conducía a través de las calles de Londres, bajo un cielo nublado y grisáceo que presagiaba lluvia, aunque poco antes había brillado tibiamente el sol. Así era Londres. Se podía erradicar la niebla, como se había hecho. Pero nadie podría nunca cambiar su clima, inseguro y siempre variable. El día que eso sucediera, Londres dejaría de ser Londres.

—Lo siento, Ed. Es lo que pienso, y así lo manifesté.

—Sí, ya me di cuenta. —Ed Barnes reflexionó, mirando distraídamente a los rojos autobuses que cruzaban junto a ellos en ambas direcciones, hacia Piccadilly Circus—. Pero eso levantó ampollas en muchos, tú lo sabes. No es agradable pensar que haya un traidor en nuestras filas.

—Eso nunca lo es. Sin embargo, ¿por qué se ha estropeado todo, Ed? ¿Por qué alguien se anticipó a lo proyectado y cambió también la droga que llevaba Laura Court en su abrigo de zorros plateados? Eso no tiene sentido, a menos que se enterasen de lo que nos proponíamos hacer.

—De modo que nosotros tenemos un chivato a favor... y otro en contra.

—Eso es, Ed. Empate a uno.

—El empate no es un resultado que me haya gustado nunca. Prefiero ser ganador o perdedor.

—Yo también —bostezó Mark Jason, deteniéndose ante un semáforo en rojo, en Regent Street. Echó una ojeada curiosa a una jovencita de ceñidos pantalones tejados, que le guiñó un ojo al pasar. Sonriendo, añadió pensativo—: ¿Qué piensas de la chica, Ed?

—¿De Laura Court, la chica de las prendas plateadas? —El rubio policía se encogió de hombros—. No sé. A Lennard le deja sin aliento y le entran tembleques. Yo estoy más curtido en eso de ver curvas.

—No me refería a eso —gruñó Mark.

—Ya lo sé —rio Barnes de buen humor—. Te diré que parece culpable como un demonio. Sabía que llevaba algo en su abrigo. Pero ignoraba que la mercancía era simple sal de cocina. ¿Quién diablos puede llevar a Oíd Bailey a una traficante en sal de cocina?

—De modo que ella fue utilizada por el Profesor. Pero engañada. Era un segundo señuelo.

—Sin duda. Y mientras tanto, un tercer emisario debió introducir la droga en el mercado.

—Muy listos —comentó Jason, poniendo de nuevo en marcha el coche al cambiar el color del semáforo—. ¿Qué ha dicho Skully de todo eso?

—Skully... —Barnes hizo un gesto elocuente con una mano—. Cyril Skully es nuestro chivato habitual. Pero de esto dice que no sabe nada. Solo que un tal Mackie anda metido en el asunto, como intermediario de los traficantes del Profesor y la gentecilla de ínfima categoría como Sonny *Rat* Simpson.

—Mackie... ¿Qué más se sabe de él?

—No es nadie importante. Apparentemente, es solo estibador de muelles, y se dedica a toda clase de trabajos. Pero en realidad es un enlace que usan las bandas para buscar asalariados que no necesiten contactar con ellos directamente.

—Conocí a un tipo de esos una vez, pero se llamaba Mike McDivitt...

—Ese es Mackie. Es su apodo habitual. Ya sabes la clase de tipo que es.

—Claro. De lo peor. Pero demasiado bajo para llevarnos a ninguna parte.

—Pienso igual. ¿Hiciste vigilar a Sonny?

—Un policía le sigue a todas partes, pero no creo que saque nada en limpio. Le usaron como señuelo, y eso fue todo. ¿Tú vigilas a la chica?

—¿Laura Court? —afirmó despacio—. Sí. Pensé en dejársela a Lennard, pero ella le conoce y, además, él está demasiado

embelesado en sus formas para resultar útil. Pensé finalmente en David Fowler.

—Dave, ¿eh? —Jason meneó la cabeza—. Un buen policía. Debe conocer a la chica. Anda siempre metido en el Londres nocturno.

—Dijo que no la conocía. Y pareció satisfecho con su tarea. Es más, él mismo me sugirió ocuparse de ello.

—¿Dave te lo sugirió?

—Sí. ¿Tiene eso algo de malo?

—No sé. —Mark detuvo su coche súbitamente, sin haber semáforo alguno que les impidiera seguir. Detrás de ellos, sonó un claxon. Aparcó donde no molestase, y se apoyó en el volante, reflexionando—. Hay algo en eso que no me gusta, Ed.

—¿En qué? —Mostró su rubio amigo un gesto de extrañeza.

—En que Dave te pidiera ocuparse de la chica. Hemos hablado de un posible confidente de la policía, ¿no? Bien, Ed. Fowler viste muy bien y siempre parece tener dinero. Mucho más del que corresponde a un vulgar policía.

—Espera, Mark, no vayas tan de prisa. David Fowler es de buena familia...

—Eso dijo siempre él, y ninguno nos preocupamos de comprobarlo. Vamos a hacerlo inmediatamente. No me gusta nada que él ande detrás de la rubia Laura Court.

—¿Por qué no? —se asombró Barnes, al ver que su compañero daba media vuelta al coche y emprendía la marcha, Regent Street abajo, a mayor velocidad de la utilizada hasta entonces.

—Porque tal vez ella sepa demasiado... y conviene que la controle una persona leal al Profesor. Solo eso, amigo mío.

Y pisó el acelerador, lanzándose todavía más de prisa, de regreso al Yard.

—Te lo dije. Buena familia, sí. Pero arruinada hace años —hundió Jason la carpeta del *dossier* personal de David Fowler en el archivador estrictamente confidencial del personal de la Brigada de Estupefacientes de New Scotland Yard—. Tenían diez propiedades en Inglaterra. Solo les queda una en Bristol, e hipotecada tres veces. No tienen un solo penique. Pero Fowler viste bien, gasta dinero y tiene un coche bastante mejor que el tuyo o el mío. Algo ocurre aquí.

—Jason, es muy grave lo que dices —protestó su amigo,

preocupado.

—Lo sé. Pero también sería grave que a Laura Court le ocurriese algo. ¿Tienes sus señas?

—Sí. Un apartamento alquilado, en Charing Cross, cerca de Shaftesbury. Un buen sitio y un apartamento caro. Pero cobra un buen sueldo en el Birdcage.

—Vamos allá. Yo relevaré a Fowler en su tarea. Finge que todo es normal. A él lo necesitan en otra tarea.

—¿En qué tarea?

—¿Y yo qué sé? —refunfuñó Mark Jason—. Ve pensándolo por el camino.

—Muy gracioso. ¿Se lo dices tú o se lo digo yo? Podríamos jugarlo con la moneda a cara o cruz y... —comenzó, sacando la moneda heptagonal de media libra.

—No, no —cortó rápido su compañero—. Ni soñarle Ed. Tú se lo dirás, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —suspiró Barnes—. No me perdona que ayer te ganase para ir a ver a esa chica, ¿eh?

—Vete al diablo —lúe todo lo que le dijo Jason, dirigiéndose rápidamente a la salida de archivos del Yard, para hacer una visita a las vecindades del apartamento de Laura Court en Charing Cross.

—No, señor. Ya no vive aquí Laura Court. Abandonó esta mañana el apartamento, sin dejar su nuevo domicilio —fueron las palabras de la amable dama de cabellos canosos y ojos muy azules, que recibiera a Ed Barnes y Mark Jason a la puerta del tradicional edificio de rojos ladrillos y puertas y ventanas bordeados de blanco, donde volvía a anunciarse un apartamento por alquilar, en forma bien visible.

—Pero... pero alguien más habrá preguntado por ella... —señaló sorprendido Ed Barnes, tras cambiar una rápida mirada con su amigo Jason.

—¿Preguntar por la señorita Court? —La mujer hizo memoria. Luego asintió vivamente, con una cordial sonrisa—. Oh, sí, sí. El caballero de gris, tan elegante, con chaleco y sombrero...

—Eso es —afirmó, rápido, Jason—. ¿Qué le preguntó él?

—¿A mí? No, nada. Ese caballero estaba en la acera, tras haber hablado conmigo sobre la señorita Court. Por entonces, ella aún estaba arriba, en su apartamento. Entonces la recogió, y se fueron

juntos en un coche particular.

—¿Se fueron juntos? —Barnes cambió una rápida mirada con su amigo—. Ay, Mark, que vas a tener razón... Pero eso es demasiado descarado, demasiado evidente... Fowler no puede ser tan necio, tan estúpido...

—A menos que haya pensado en desaparecer él también —completó secamente Jason, encaminándose con rapidez al coche oficial que ambos ocupaban, parado ante el rojo edificio de Charing Cross—. Vamos, Ed, aquí no tenemos ya nada que hacer...

Hizo un gesto de despedida a la amable señora, corrió al automóvil, seguido sin pérdida de tiempo por su rubio compañero. Momentos después, arrancaban, enfilando con rapidez hacia el Strand.

—¿Y ahora, adonde vamos? —quiso saber Ed Barnes, perplejo su gesto.

—Al único sitio que se me ocurre en estos momentos —gruñó su amigo—. Al *burlesque* de ese individuo gay llamado Angus Lawrence...

Y por el Strand, buscó Whitehall, para dirigirse a la zona de Victoria Embankment, donde se hallaba emplazado el *music-hall* en que actuaba Laura Court, alias Laura Silver.

Eran dos preciosas chicas. Quizá menos espectaculares cualquiera de ellas que la rubia exuberante llamada Laura Silver. Pero en belleza física no tenían nada que envidiarla, aunque ellas no fuesen «estrellas» y se limitaran a ser simples coristas del *burlesque* Birdcage, propiedad de Angus Lawrence, el rubio gay.

Se llamaban, respectivamente, Vicky Logan y Kareen Seymour. Para el dueño del local y para su público adicto, simplemente Vicky y Kareen. Los apellidos sobraban allí. Casi tanto como las prendas de vestir.

Vicky era algo rubia, no mucho. Kareen, tan pelirroja como una panocha, pero bastante más atractiva. Ambas tenían ojos claros, la primera de un tono azulado, unas piernas encantadoras, de largos y firmes muslos, tal como las hallaron los dos policías, ensayando en *slip* y blusa. Bajo esta, los senos que se dibujaban, tampoco eran ninguna tontería, ni en cantidad ni en atractivo.

—¿Laura? —Vicky y Kareen se miraron, sorprendidas—. ¿No vive ya en Caring Cross?

—No, no vive, preciosas —suspiró Mark Jason—. Estamos buscando su pista ahora. Se mudó esta mañana. ¿Ella no ensaya?

—Tenía que ensayar con nosotras un nuevo número, el de las libélulas plateadas —comentó Kareen—, pero creo que telefoneó, diciendo que no podía venir, por encontrarse indispueta. El jefe lo sabrá con más detalle. El recibió la llamada.

—¿El jefe?

—Sí, Angus —rio entre dientes Vicky—. Es muy amigo de Laura. La mima en exceso, porque cree que ella llena el local. Quizá tenga razón. Pero eso sí, le ponen histérico los caprichos de Laura.

—No hace falta mucho para que Angus se ponga histérico —rio a su vez Kareen, que parecía estar bastante de acuerdo siempre con su compañera de trabajo—. Ya sabe cómo son esos mariquitas.

—Sí, ya lo sé —sonrió Jason, mientras Ed Barnes contemplaba un afiche mural, pegado a una pared del escenario, con el semidesnudo de Laura Silver, inevitablemente vestida de plata, como parecía ser su manía... o su truco artístico—. ¿Ha sido idea de Angus ese truco publicitario del «Rolls Royce» plateado y todo lo demás?

—Claro. Alquila un «Rolls» usado y lo pinta de un plateado que luego se borra fácilmente. —Vicky meneó su rubia cabecita burlonamente—. Le cuesta su buen puñado de libras, pero lo hace a gusto. Ya le dije que mima a su «estrella». Y ella le hace la vida imposible a fuerza de disgustos. Anoche mismo, con esos policías y el lío que se armó...

Barnes disimuló, silbando una tonada, mientras seguía revisando afiches, tras el piano con que ensayaban sus números las chicas, mientras su amigo Mark seguía llevando la voz cantante del interrogatorio amistoso con las dos chicas.

Angus Lawrence había tenido razón al indicarles al principio que las únicas coristas que tenían cierta buena relación con «la caprichosa Laura» —eran palabras del empresario gay—, eran precisamente Vicky y Kareen. Pero no parecían muy capaces ninguna de ellas de echarles una mano en el misterioso asunto de su desaparición... en compañía de un caballero bien vestido, de gris, con chaleco y sombrero que, indudablemente, tenía que ser su colega David Fowler, de la Brigada de Estupefacientes. Por ahora, el primer sospechoso de posible filtración a los traficantes de drogas

de información de primera mano, procedente de Scotland Yard.

—Sí, algo he oído de eso —admitió Mark, pensativo—. Pero yo busco a Laura por otro motivo. Temo que pueda correr peligro.

—¿Peligro? —Kareen, al repetir la palabra, miró con sobresalto a su amiga, la cual pareció tan alarmada como ella—. ¿Qué clase de peligro?

—No sé. Cualquiera. Puede que ella sepa algo sobre lo sucedido anoche. Y haya gente interesada en deshacerse de Laura Court.

—Eso no me gustaría —gimió Vicky. Inclínó la cabeza, preocupada—. Si pudiéramos hacer algo...

—Tal vez puedan —apuntó Mark—. ¿No saben de ningún sitio en particular adonde ella pudiera haberse dirigido, si ha advertido que corría peligro, para ocultarse de sus posibles perseguidores?

—No, nosotras no podemos saber eso. Tenemos un trato superficial con Laura, es cierto. Pero ella no nos dijo nunca nada que nos permita ahora...

—¡Espera! —La detuvo la pelirroja Kareen, apoyando una mano en su hombro—. ¿No recuerdas algo que nos mencionó casualmente una vez?

—¿Yo? ¿Recordar? —Vicky contempló a su amiga con sorpresa—. No, no recuerdo... ¿A qué te refieres?

—Fue aquella vez que venía tan enfadada con unos vecinos escandalosos, que luego se marcharon de la casa, expulsados por su patrona. Dijo que quería irse lo antes posible. Luego cambió de idea, pero nosotras, entonces, hablamos de ello con Laura... y le sugerimos un sitio donde hospedarse momentáneamente...

—Es cierto —se pegó en la frente, con repentina lucidez, la muchacha rubia de los azules ojos ingenuos. Miró limpiamente a Jason, mientras Barnes, ya intrigado realmente por aquello, volvía la cabeza hacia ella—. Lo había olvidado totalmente, la verdad.

—Pues traten de recordar, se lo ruego. Puede ser importante para nosotros... y para ella —insistió Mark Jason—. ¿De qué lugar le hablaron?

—Uno bastante próximo a aquel donde nosotras nos alojamos. ¿De veras quiere saberlo? Es en una calle afluyente a Berwick Street Markel, en Soho. No es un lugar ideal ni una casa demasiado buena, pero de momento sirve para salir de un apuro. Es limpia y bien cuidada... y no muy cara. Pero no creo que ella haya ido allí...

—Tenemos que comprobarlo. Nos vamos hacia allá. ¿Podrían guiarnos? Así llegamos más rápidamente.

—Estamos ensayando. El jefe no querrá...

—Yo me cuido del jefe —terció rápidamente Ed Barnes, interviniendo en la charla. Y corrió hacia Angus, a quien tomó por un brazo, afectuosamente, comenzando a hablar con él rápidamente.

El dueño del *burlesque* dudó en principio, meneando negativamente la cabeza. Ed se puso más terco y duro, y con una forzada sonrisa, Angus Lawrence hizo un ademán afeminado y convino en voz alta, afirmando con la cabeza:

—Está bien, pero no tarden.

—Gracias, Angus. Es usted un encanto —le dijo Ed Barnes, haciendo un vivo gesto a Jason y las chicas, camino ya de la salida.

Angus, hueco como un pavo al oír el piropo del rubio policía, se limitó a sonreír más ampliamente, sin objetar más.

Momentos después, el coche de los dos agentes de Estupefacientes volaba sobre el asfalto londinense, llevando detrás a las dos chicas del *burlesque* que, apuradamente, envolvían sus muslos en unas faldas cogidas al vuelo, que abrochaban como podían, para cubrir sus desnudas piernas.

Bordeando las amplias extensiones verdes de Saint James's

Park, el negro coche oficial se lanzó hacia Soho.

CAPÍTULO V

No se podía decir que la casa tuviera una vecindad demasiado decente. Abajo había una casa de masajes, con profusión de fotografías en color, exhibiendo a las masajistas *top-less* en plena faena con sus clientes. Enfrente, otra casa más vieja, con una tienda de empeños y una *sex-shop*. Algo más lejos, un pequeño restaurante italiano de precios módicos y otro hindú, con sus especialidades típicas, desde el *curry* de pollo a la ensalada con yogur.

Allí tenía que haber residido Laura Court, si hubiese seguido los consejos de sus dos compañeras de trabajo. Vicky manifestó, señalando a otra calle cercana, al otro extremo del mercado de Berwick Street:

—En aquel edificio gris vivimos nosotras. Segunda planta. No es nada del otro mundo, pero sirve para nosotras, al menos mientras seamos coristas...

El coche de los dos agentes se detuvo en la esquina inmediata. Ed y Mark bajaron del mismo. Advirtieron a las dos muchachas, al tiempo que soltaban la cremallera o los botones de sus chaquetas.

—Quedaos quietas aquí. Lo demás es cosa nuestra. ¿Tercera planta dijisteis?

—Sí, tercera —señalaron a lo alto—. Allí, en aquellas dos ventanas de aquel lado, junto al edificio oscuro...

Asintieron los agentes. No se anunciaba ningún piso por alquilar. Eso podía ser significativo. Muy significativo. Tal vez lo alquilaron aquella misma mañana.

Entraron en la puerta de la vivienda. Una escalera estrecha, a un lado, a la derecha, como en cualquier casa inglesa. Modesto pero pulcro. Era la sensación que se recibía al entrar allí.

Los dos amigos subieron la escalera con rapidez. Llevaban hundida su mano derecha bajo la prenda, cerca de su axila. Los dedos se cerraban en torno al arma reglamentaria. Había que estar

prevenidos. Cualquier cosa podía suceder allí.

—Ten cuidado —avisó vivamente Jason—. Yo llamaré en la puerta del piso. Tú quédate a un lado, bien alerta. Podría ser que nos recibieran a tiros.

—¿Quién? ¿Fowler? —dudó Barnes, con gesto sombrío.

—Fowler, sí. O el Profesor. O el diablo, Ed. Quien sea, puede freímos si nos descuidamos. De modo que no te descuides.

—De acuerdo, hermano. Tú tampoco. ¿Por qué no me dejas llamar a mí?

—Porque he decidido hacerlo yo.

—Eso no es democrático —se quejó Ed—. Podemos jugarlo a cara o cruz y...

—Vete al infierno. Llevo un año más que tú en el Cuerpo. Eso me hace más veterano. De modo que decido yo, ¿de acuerdo? Sin azar, ni juegos, ni nada de eso.

—Conforme. A la orden, superintendente Jason —le miró, divertido—. ¡Eh, eso suena bien!

—Cierra el pico de una vez —refunfuñó Jason, parándose ante la puerta del piso que, en teoría, podía estar ocupado por Laura Court... y por David Fowler, el policía encargado de vigilarla. El «impecable hombre de gris», como le llamaban irónicamente en la Brigada.

Hizo un vivo gesto. Ed desenfundó de la axila su chato revólver reglamentario, negro y pavonado. Se situó a un lado, pegado a la pared. Mark Jason, bailando con la más fea por decisión propia, se situó ante la puerta cerrada. Llamó al timbre, tranquilo, sin esgrimir arma alguna.

Esperó unos momentos. Volvió a llamar. El silencio se prolongó unos segundos interminables. Luego una voz ronca preguntó tras la hoja de madera, brevemente:

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Mensajero, señor —respondió Jason, alterando su voz, al reconocer el timbre masculino de quien preguntaba—. Un envío para *mistress* Donovan...

—Aquí no es. Es un error. No vive ninguna *mistress* Donovan.

—Lo siento. Me han insistido. Berwick Lane, 6, tercero B. Es aquí, ¿no?

—Sería alguien que viviera antes. Ya no reside aquí ninguna

mistress Donovan. ¿Por qué no pregunta en la planta baja? Allí vive la encargada...

—Ya lo hice. No hay nadie, señor. ¿Qué hago con el paquete?

—Vuelva más tarde. Ya le dije que no está esa persona aquí. Ni la conozco.

—¿Seguro? Yo debo informar a mi agencia, señor...

—Seguro. ¡Márchese de una vez, maldita sea! —Se irritó la voz, airada.

Era lo que había estado esperando oír Mark Jason. Aquella era su voz. La de David Fowler, su compañero. También él fingía su tono. Ahora se había descuidado, llevado de su irritación. Y dio su verdadero timbre de voz.

—Muy bien. —Mark desenfundó su arma, y habló, abrupto, de repente—. ¡Fowler, abre en seguida, en nombre de la ley! ¡Te hemos encontrado!

Sonó una imprecación tras la puerta. Fowler debió retroceder, porque sonaron pasos bruscos alejándose. Jason se lanzó sobre la puerta, dando un patadón, pero la hoja de madera no cedió.

Luego se tiró de bruces al suelo y rodó sobre el mismo, fuera de la puerta.

Era tiempo. Varios disparos llegaron del interior, agujereando en varios puntos la hoja de madera. De haber seguido allí Mark, hubiese caído herido, quizá mortalmente.

Ed Barnes no dudó un momento. Apenas su compañero se hubo arrojado al suelo, él abrió fuego desde su posición lateral, sobre la cerradura de la puerta, que recibió dos balazos a bocajarro, y saltó ruidosamente, quedando colgada de astillas de madera.

Rápido, cruzó luego como una exhalación, pero no sin antes dar un patadón formidable a la hoja de madera, que cedió con un crujido áspero, dejando franqueado el acceso a la vivienda.

Nuevos proyectiles brotaron del interior, levantando trozos de estuco en la pared opuesta del corredor, sin hallar a nadie a su paso. Los dos policías se hallaban a un lado, esperando que pasara ese alud de proyectiles, ya previsible.

Luego, rápidamente siempre en su acción, fue Mark Jason el que apretó el gatillo de su revólver, cubriendo con sus disparos hacia el interior del piso a su camarada Barnes, el cual se precipitó dentro del piso, empuñando su revólver con ambas manos para asegurar

mejor el impacto en un posible adversario.

Descubrió un cuerpo tendido en el suelo del recibidor, y otra figura humana que corría hacia el fondo de la vivienda. Ninguna de ellas pertenecía a una mujer, aunque inicialmente no se detuvo a identificarlas, ya que la que yacía abatida estaba boca abajo, y la otra le daba la espalda, al fondo del pasillo.

—¡Alto! —gritó roncamente—. ¡Alto en nombre de la ley! ¡Deténgase o disparo!

El otro se volvió un instante, sin cesar de correr hacia el fondo de la vivienda, e hizo un disparo contra Barnes. Este vio su rostro, pero no le dijo nada. No conocía en absoluto a aquel hombre.

Su respuesta no se hizo esperar. Apretó el gatillo, sin dejar de sujetar con sus dos manos el arma de fuego, y tronó el revólver, escupiendo una llamarada. El hombre al fondo del pasillo emitió un grito ronco, giró como una peonza sobre sus pies, y terminó golpeando una pared sordamente, antes de derrumbarse de bruces, soltando su pistola y quedando inmóvil en el suelo.

—Cuidado —avisó Ed, al ver entrar tras él a Mark Jason—. Puede haber más gente metida aquí. A quien no veo en absoluto es a la preciosa rubia...

Apenas lo había dicho, captó un gemido ronco en alguna parte, y una puerta se empezó a entreabrir. Una voz musitó, temblorosa:

—¡No disparen, no disparen! Voy a salir y no estoy armada...

—Vaya, en nombrando al diablo... —comentó Jason, ceñudo, apuntando hacia el lugar y añadiendo en voz alta—: Está bien, salga con los brazos en alto, las manos sobre su cabeza. No intente ninguna tontería o se convertirá en un colador.

La espléndida rubia de que hablara Ed Barnes, asomó por la puerta de aquella habitación. Llevaba los brazos como se le indicara, y parecía tremendamente asustada. Barnes la vio mucho más pálida que la noche antes, en el *burlesque*.

Mark Jason se quedó casi sin aliento. La muchacha se cubría solamente con una blusa sin abrochar, y debajo el angelito no llevaba más que un breve *slip* traslúcido, que permitía adivinar la sombra de su entrepierna. Lo demás, no hacía falta adivinarlo. Barnes no había exagerado. Tenía dos pechos que parecían dos obuses de gran calibre.

—Madre mía... —jadeó Jason, pestañeando—. Adelante, hijita,

venga hacia acá...

—Te lo dije —siseó entre dientes Barnes—. ¿No es un encanto?

—Conozco encantos así que mataron a su madre por cien libras —refunfuñó Jason entre dientes, invitando a la muchacha rubia y opulenta a que se aproximase, con un movimiento de su arma. La preguntó—: ¿Hay alguien más en la casa, preciosa?

—Solo... solo ellos dos. Fowler... y el otro hombre...

—Compruébalo —gruñó Jason a su amigo—. Yo te cubro y vigilo a este bombón.

—De acuerdo, Mark —asintió su rubio amigo, avanzando corredor adelante, y revisando con rapidez todas las dependencias. Se detuvo un momento a mirar al tipo al que abatiera en el corredor. Se encogió de hombros, regresando junto a Mark—. No le conozco, pero tiene aspecto de ser un pistolero, un profesional... Está muerto.

—Lo era —susurró la rubia, muy asustada. Con la postura de sus brazos, sus senos se erguían más aún, y sus rosadas puntas parecían apuntar a Jason con más peligrosidad que dos ametralladoras. Este se estremeció, evitando mirarlos—. El controlaba la situación en el piso... Nos tenía en su poder.

—Ya —dijo Barnes, escéptico—. Nos contarás todo el cuento en el Yard, rubita. Y será mejor que no te inventes nada. No nos gustan las fábulas. ¿Viste a Fowler, Mark?

—Debe ser el del vestíbulo —dijo Mark roncamente—. Al menos, ese viste de gris. ¿Le diste tú o le di yo?

—No sé. Veremos... Bien, preciosa, en marcha. Nos largamos de aquí. Puedes abrocharte la blusa, no vayas a coger un resfriado. Y nosotros una conjuntivitis...

Jason se adelantó, mientras Ed vigilaba a la chica, y se inclinó sobre el caído en el vestíbulo. Lanzó una imprecación sorda.

—Pronto, avisaré a una ambulancia urgentemente —dijo, precipitándose en busca del teléfono del corredor de pisos de alquiler—. ¡Aún vive!

—Cielos, menos mal —resopló Jason—. Fowler podrá hablar también y aclarar todo este enredo...

—Está muy mal. Tiene dos balazos. Y, desde luego, ni tú ni yo se los metimos en el cuerpo.

—¿Por qué dices eso?

—Le entraron por la espalda, a quemarropa. Tiene manchas de pólvora en la americana. El tipo ese debió freírle a tiros a mansalva, sin duda después de anunciar nosotros que íbamos a entrar.

—Maldito sea... —refunfuñó Jason malhumorado. Miró a la rubia—. De modo que podría ser verdad tu historia, encanto.

—Se lo dije —susurró ella, abrochando el último botón sobre aquella maravilla que eran sus formidables senos macizos—. Nosotros dos...

—Bueno, bueno, eso después —la cortó Jason—. Ahora tenemos prisa. Hay mucho tiempo por delante para hablar de esas cosas. Vamos abajo. Tenemos un coche esperando.

Salieron al corredor. Barnes hablaba por teléfono solicitando una ambulancia con la máxima urgencia. Jason, entretanto, empujaba suavemente a la joven ante sí, disponiéndose a bajar la escalera. Había puertas abiertas en la casa, curiosos en la calle y algunas ventanas de otros edificios, también abiertas, con gente asomada a ellas. Los disparos habían despertado la alarma y la curiosidad en toda la zona, lógicamente.

Pasaron ante una amplia ventana asomada al callejón. Los olores del mercado llegaban nítidamente hasta allí.

La detonación apenas si se escuchó. Fue como un repentino restallido en alguna parte, allá fuera.

Luego Laura Court lanzó un gemido. Retrocedió dos pasos, con gesto de horror, llevándose las manos a sus potentes senos. Jason descubrió inmediatamente la repentina mancha roja, extendiéndose sobre la blusa, en torno a un agujero oscuro, encima justo de uno de sus magníficos pechos: el izquierdo.

Con un juramento, se volvió a Barnes, aullando:

—¡Cuidado, Ed! ¡Han disparado desde alguna parte! ¡Hirieron a la chica!

Laura exhaló un gemido ronco, abrió mucho sus ojos y, mortalmente pálida, se derrumbó en el pasillo, quedando inmóvil. Hubo gritos en la escalera y las puertas volvieron a cerrarse. En la calle hubo conmoción y ventanas que, prudentemente, se cerraban.

Barnes se tiró al suelo, dejando el teléfono descolgado, y se reunió con Jason bajo la ventana abierta, en cuyo vidrio se abría un orificio circular, rodeado de estrías en forma de tela de araña. Por allí había entrado la bala que abatió a Laura Court, alias Laura

Silver.

Mark empuñaba su revólver, oteando la calle, sin que se produjesen nuevos disparos. Ed, junto a él, auscultó con rapidez a la muchacha. Su conclusión fue desoladora:

—Pobre muchacha... La han matado. Justo en el corazón le dio la bala.

—Malditos... —siseó Mark Jason, endureciendo su expresión furiosamente—. Tuvo que ser con teleobjetivo para hacer un blanco así. Una bala potente, de rifle...

—¡Aquella casa! —rezongó Barnes, señalando el edificio en cuyos bajos había una *sex-shop* y una casa de empeños—. ¡Tuvo que partir de ahí!

—Voy a cruzar la calle —silabeó Jason—. Cúbreme tú desde aquí. Entraré en esa casa y, si el maldito asesino sigue allí, va a lamentarlo.

—Ten cuidado —avisó Ed, asintiendo, y recargando su revólver, para apostarse tras la ventana—. Puede estar en un piso o en el tejado...

Jason no respondió. Bajó las escaleras angostas como una exhalación, alcanzó la puerta de la calle y, tras un instante de indecisión, cruzó el callejón en zigzagueante carrera, apenas Ed Barnes hizo desde la ventana dos disparos rápidos, sin blanco fijo, sencillamente al aire, por encima de la edificación vecina. Eso bastaría para mantener a raya al agresor, si aún continuaba apostado allí, cubriendo con su arma la casa.

Llegó sin problemas a la casa de enfrente. Penetró en ella como una centella, arma en mano. No descubrió a nadie en la escalera. El disparo no había podido venir desde abajo, dada la trayectoria de la bala, por eso no se molestó en curiosear en la *sex-shop* ni en la tienda de empeños. Eso venía de arriba. De uno de los dos últimos pisos de la casa de tres plantas. O del tejado, como dijera Ed.

Alcanzó la primera planta. Había seis puertas en ella. Sin duda, todo eran allí apartamentos de alquiler. Recorrerlos todos significaba perder demasiado tiempo. Los desechó todos, así como los de las restantes plantas, subiendo la escalera sin reposo, veloces y flexibles sus delgadas y fuertes piernas. Cuando llegó a la última planta, sus ojos se clavaron en una solitaria puerta.

Estaba cerrada. Y era un ático.

El lugar ideal. Posición más elevada que la del piso donde cayera Laura. Y una ventana sobre el tejado, desde donde no era difícil disparar sin ser visto, y con excelente ángulo de tiro.

Resuelto, pero tomando toda clase de precauciones, se aproximó a aquella puerta herméticamente cerrada. Se pegó al muro lateral. Alargó su mano zurda, sosteniendo con la derecha el revólver. Probó el picaporte. Como esperaba, cerrado. No cedió.

La salida por el tejado era difícil. Lo era, porque él o Barnes hubieran visto al tipo abandonar la buhardilla o ático. De modo que, en buena lógica, el tirador debía de continuar allí dentro.

Mark Jason se congratuló de ello, aunque sabía que no iba a ser tarea fácil acabar con él, ni mucho menos. Posiblemente tendría, además de un rifle potente, con mira telescópica, una pistola o algo parecido. Y si el que acompañara a Laura y a Fowler en el piso de enfrente era un profesional al servicio del Profesor, este no debía irle a la zaga.

Había que hacer las cosas con cuidado. Pero resueltamente.

Las hizo. Desde su posición, apuntó a la cerradura, como hiciera antes, en la vivienda recién ocupada por Laura Court. Y apretó el gatillo. Una sola vez. No quería desperdiciar balas con un tipo como aquel frente a él.

Saltó la cerradura hecha añicos al recibir el proyectil a bocajarro. Rápidamente, todas las sospechas de Jason se confirmaron. La puerta se astilló, se cubrió de tremendos agujeros. Un rifle muy potente, y a corta distancia, estaba triturando virtualmente la hoja de madera. Era una especie de huracán de fuego. Si alcanzaba su cerebro, le haría trizas, como a la puerta.

Mark Jason apretó sus mandíbulas, esperando. Luego pegó una patada a la puerta, arrojándose al suelo y rodando hasta el lado opuesto, a cubierto de nuevo.

La hoja cedió con un crujido, quedándose abierta, y permitiendo la salida de otro alud de proyectiles con ensordecedor estruendo. Después, sonaron unas rápidas pisadas, alejándose del recibidor, hacia el fondo de la vivienda que, a juzgar por su emplazamiento, no debía tener grandes dimensiones.

—¡Está acorralado! —rugió Jason, lanzándose como un ciclón dentro de la casa, y pegándose rápido a un muro, junto a una puerta con cortinas que daba a un pasillo—. ¡No intente huir ni

resistirse o es hombre muerto!

La respuesta fue otro concierto de rifle que acribilló las cortinas, haciéndolas bailotear a impulsos de las descargas de la potente arma.

Jason calculó que, al menos, había consumido unas doce o catorce balas en el tiroteo. Por tanto, debía de tener el rifle vaciado. Resueltamente, se lanzó como si fuese un alud contra las cortinas, atravesándolas impetuosamente, y rodando luego por un angosto pasillo, mientras al fondo se movía veloz una sombra, contra el reflejo de la luz del día, y sonaba el chasquido inconfundible de una pistola al ser desprovista de seguro.

Sonrió duramente el joven agente de la Brigada de Narcóticos de Scotland Yard. No se había equivocado en sus cálculos. Se quedó sin balas en el rifle de gran potencia y alcance, y utilizaría ahora una pistola automática. Pero si el tipo era, como suponía, un profesional, no dejaría por ello de ser sumamente peligroso. Claro que también Jason lo era. No había llegado a su trabajo actual en una Brigada tan arriesgada estudiando precisamente Teología o educación cívica.

Aferrando su revólver, esperó. Oyó el ruido de una ventana al abrirse con cierta violencia. Si había algún patio interior, el enemigo podía intentar la evasión por allí.

Jurando entre dientes, alargó la mano e hizo otro disparo. Luego uno más.

Sus balas maullaron, rebotando contra muros y objetos, y oyó chasquido de objetos rotos. La réplica fueron dos disparos de pistola, que pasaron desviados. Rápido, desmontó su revólver y repuso las tres balas, para no correr riesgos. Cerró el cilindro, y se preparó a avanzar.

Apenas había dado cuatro o cinco pasos, descubrió la ventana abierta, y las piernas del hombre, al otro lado, deslizándose por el tejado de pizarra. Había salido por aquella angosta ventana asomada al tejado, dispuesto a huir por las azoteas vecinas al verlas mal dadas.

Con un imprecación, Mark corrió hacia la ventana, apuntando con su revólver, pero las piernas dejaron de ser visibles por el hueco. Antes de llegar al mismo y buscar a su adversario para tratar de obligarle a volver, retumbó una detonación en alguna parte.

Mark Jason imaginó fácilmente el resto. Un grito agudo sobre el suelo pizarroso del tejado, le confirmó lo que sospechaba.

—Oh, no —murmuró—. Hubiera sido mejor cazarle vivo...

Pero comprendía, por otro lado, que no había otro remedio. Asomó a la ventana de la buhardilla, oteando el tejado. En ese momento, se deslizaba rápidamente sobre su terraplén un cuerpo humano, soltando una potente automática, para irse de cabeza hacia la calle, en una zambullida mortal.

El impacto del cuerpo en el asfalto, fue sordo y estremecedor. Luego reinó el silencio en la calle. Mark agitó su brazo armado por la ventana. Ed le reconoció. Su grito le llegó desde la ventana de la casa opuesta:

—¿Estás bien, Mark?

—Sí, Ed —respondió—. Estoy bien...

Una ambulancia se aproximaba, haciendo sonar su sirena, acudiendo rápidamente a la llamada de Ed Barnes. Mark regresó al interior. Contempló el poderoso rifle caído en el suelo. Era un arma para caza mayor, con mira telescópica. Con aquel arma habían asesinado fríamente a Laura Court. La muchacha rubia de los hermosos senos exuberantes, ya jamás diría nada de cuánto sabía sobre la organización del Profesor, eso era evidente...

CAPÍTULO VI

Sonny *Rat* Simpson estaba asustado. Muy asustado.

Ya se había dado cuenta de que le seguían. Tenía una «sombra» tras él, como se acostumbraba llamar a uno de aquellos polizontes encargados de espiar a los tipos sospechosos. La había tenido desde la noche antes, cuando hizo su papel, trasladando las famosas latas de arenques noruegas con sorpresa.

Estaba, por tanto, asustado. Y algo más que eso: nervioso e irritado.

Nervioso, porque no le gustaba ser seguido, y menos por un polizonte. Esas cosas siempre acababan mal. Irritado, porque no había cobrado aún los ochocientos dólares restantes.

Había telefoneado dos veces a Mackie aquella mañana, al lugar donde habitualmente se le podía localizar, fuera de las tabernas portuarias, por las que no había aparecido, según su costumbre. El sitio adonde llamó era un gimnasio de Blackfriars. La primera vez no estaba. La segunda se limitó a darle una respuesta muy breve y desalentadora:

—Lo siento, Sonny. Nos veremos en otro rato. Yo te avisaré. Hay peligro en que nos reunamos. Creo que me vigilan. Y no tengo aún el dinero. No puedo ponerme en contacto con ellos. Son órdenes. Ten calma.

Y había colgado, sin añadir más.

Sonny estaba, por tanto, muy disgustado con su amigo Mackie y con aquel estúpido asunto de las bolsas de azúcar. Sabía que él había sido solamente un señuelo, pero ahora la policía le vigilaba, había pasado muy mala noche, y doscientas cochinas libras por todo aquello, era demasiado poco, a fin de cuentas.

Apuró su tercera jarra de cerveza de aquella mañana, y paseó por las proximidades de los muelles, con las manos en los bolsillos. En dos o tres ocasiones, notó que su «sombra» se le acercaba

demasiado. Luego dejó de verla. Pero sabía que el tipo seguía vigilándole.

Había trabajado con Mackie otras veces, pero los asuntos fueron más claros y concretos que este. Ciertamente que las cosas no siempre salían bien ni eran fáciles, pero si algo había fallado en el asunto, él no era culpable. Quería su dinero, y al diablo con Mackie y aquellos asuntos de drogas. Ciertamente que trabajar con el Profesor era un honor para todos los granujas de Londres, pero últimamente algo estaba fallando en el tinglado. El Profesor tenía problemas. Y les obligaba a que los tuvieran ellos también.

—La diferencia está en que ese tipo se embolsa millones, y nosotros miseria —se dijo a sí mismo con aplastante lógica el hombrecillo ratonil, pegando disgustado una patada a una lata vacía, que se fue rodando hasta cerca de la orilla del Támesis—. No volveré a aceptar ningún asunto de él ni de su banda. Ni pidiéndolo Mackie ni viniendo el propio Bishop, maldita sea.

Dean Bishop, después de todo, era alguien. Uno de los hombres visibles de la organización del Profesor, para quien había trabajado a veces. Ahora no se le veía mucho, desde que ocurriera lo de McCowan y Stewart. Eso era señal de que la banda de traficantes de drogas del Profesor tenía alguna seria dificultad.

Sonny seguía sin ver a su compinche Mackie cuando estuvo almorzando en un pequeño restaurante económico de las proximidades del puente de Blackfriars, pese a que muchas veces comía allí Mackie. Por la televisión se enteró del tiroteo de unos policías con unos pistoleros, en Soho, aquella misma mañana. Había tres muertos: una chica artista de variedades y dos pistoleros. Y un policía herido, en estado de coma, hospitalizado poco antes. Se relacionaba el suceso con el tráfico de drogas de la organización del Profesor.

A Sonny se le quitó el apetito y abandonó el restaurante, yendo a una cercana taberna a tomarse algo fuerte para digerir el nuevo susto. Allí tuvo más suerte. El cantinero le entregó un sobre arrugado, diciéndole con indiferencia:

—Esto lo dejó para ti Mackie. Tenía prisa y estaba pálido, como si hubiese visto fantasmas...

Sonny se estremeció, sin decir nada. Su hocico ratonil se arrugó, mientras se acomodaba en una mesa, con un *scotch*, y estudiaba

atentamente el sobre. Cuando lo despegó, había dentro unos billetes de veinte libras, exactamente cinco, y unas pocas palabras garrapateadas apresuradamente por Mackie:

«Sonny, lo siento. No puedo decirte nada. Toma este dinero para que te vayas arreglando. Es mío. Ya te lo descontaré cuando me paguen tu parte. Hay problemas serios. Mejor dejar esto de momento. Ten cuidado. Parece ser que el Profesor tiene competidores que le están poniendo la zancadilla. Y competidores muy peligrosos. Saludos, Mackie».

Sonny arrugó el papel y se dispuso a quemarlo, para no dejar rastro alguno de él, antes de encender su cigarrillo, que le temblaba entre los resecos labios. Miró al exterior, a través de la ventana del local, sin ver nada sospechoso.

Prendió el fósforo para quemar el papel. Una mano rápida se lo arrancó de entre los dedos. Sonny ahogó un grito de terror en su garganta. Se volvió, mirando al hombre que le había quitado el papel de la mano. Tragó saliva.

—¿Qué... qué quiere? —jadeó—. Yo no he hecho nada... Ese papel...

—Está bien, Sonny. Salga conmigo. No tiene nada que temer. Apure su copa y vámonos.

El hombrecillo asintió, medroso, tragándose el *whisky* como Dios le dio a entender, y saliendo de la cantina delante del hombre que le interpelara. Antes, dirigió una angustiada mirada al cantinero, implorando auxilio, pero el hombre, sirviendo cervezas a sus clientes, ni le vio.

Una vez fuera, descubrió un coche parado ante la cantina. El otro le invitó fríamente:

—Entre, Sonny. No tenga miedo. Somos buenos amigos suyos.

Sonny no estaba muy seguro de eso, pero entró. Antes, miró a su alrededor, sin ver ni rastro de su «sombra». Esta vez hubiera dado algo por verle, pero no descubrió a nadie en la vecindad. Su interlocutor, un hombre extraño, de gafas oscuras, impecable abrigo negro, sombrero hongo de igual color y paraguas tradicional, como cualquier banquero de la City o ejecutivo de Mayfair, se limitó a sentarse al volante, haciendo que él se sentara a su lado. Observó

Sonny, mientras humedecía sus labios una y otra vez, que el tipo tenía el pelo negro, lustroso y largo, tez oscura y barbita recortada.

El coche se puso en marcha. Se adentraron hacia el centro urbano, y el vehículo hizo mil maniobras, como si estuviera eludiendo la vigilancia de alguien. Luego regresó a la zona portuaria, que fue recorriendo, paralelo al río. Sonny no se atrevía ni siquiera a preguntar nada.

Luego, de repente, el coche frenó en una zona desierta, entre unas obras y un edificio industrial. El hombre de las gafas oscuras se volvió a mirarle fríamente hundiendo su mano bajo el negro abrigo.

Extrajo algo que desorbitó los ojos de Sonny, con vivo horror. Gimió, alzando sus manos, implorantes:

—¡Oh, no, no! ¡No quiero cobrar nada, no exijo nada, no tiene por qué...!

—Pobre imbécil. Tú eres el segundo ya. Tu amigo Mackie se fue al infierno... poco después de entregar esa nota al tabernero... Adiós, Sonny, adiós.

Luego, el arma que extrajera su enguantada mano de debajo del abrigo, una pavonada automática con silenciador, emitió dos sordos sonidos, un repetido «¡ploc!» mortífero, que incrustó dos balas a quemarropa, en el corazón del infortunado Sonny Rat Simpson. Este exhaló un gemido, dobló su cabeza hacia adelante, con un gesto de infinito estupor en su rostro ratonil, y se desplomó al fondo del vehículo.

—Pobre imbécil... —susurró el hombre con aire de *gentleman*, fríamente. Le miró, despectivo. Luego, abrió la portezuela, tras comprobar que la zona seguía solitaria, y arrojó el cadáver de Sonny al asfalto. Rodó el cuerpo hasta quedar empotrado entre una hormigonera y unas pilas de ladrillos. Luego, el coche se alejó con suave marcha, silenciosamente.

Al volante, el hombre condujo con frialdad absoluta, hasta detenerse no lejos de otra zona desierta a tales horas, y allí procedió, lenta y fríamente, a despojarse de la peluca negra, el plástico blando, ligero y moldeable que cubría su rostro con unas facciones diferentes, de color moreno, la barbita y bigote postizos, las gafas de sol y los guantes. Todo ello lo guardó, junto con el negro abrigo, el bombín y el paraguas, en el portamaletas del coche.

La persona que apareció tras la metamorfosis, era muy diferente a aquella cuya imagen fuera lo último que viese Sonny *Rat* Simpson en este mundo.

—¿Sabes la noticia?

—¿Qué noticia? —preguntó Mark Jason, levantando la cabeza, y dejando de engullir el buen bistec adornado de verduras, para echar un trago de cerveza y mirar pensativo a su amigo.

—Más muertes —suspiró Ed Barnes, sentándose frente a él en la mesa del restaurante rápido—. Dos asesinatos.

—¿Dos? —Mark casi pegó un respingo—. ¿Quiénes?

—Mackie y Sonny *Rat* Simpson. Han aparecido sus cadáveres este mediodía, Mark. En diferentes puntos, pero no lejos de Blackfriars y del río ninguno de ellos. Los mataron del mismo modo: dos balazos a quemarropa.

—Cielos... —Dominando su disgusto, Mark procuró no perder el apetito y jugueteó con las verduras de guarnición, antes de meterlas en la boca—. ¿Es que alguien se ha vuelto loco y quiere llenar la ciudad de cadáveres?

—Eso parece —suspiró Ed. Se acercó una bonita camarera de corta falda, uniforme azul y blanco, y un bloc de pedidos. El rubio policía le sonrió, examinando sus bien formados muslos, y pidió—: Café. Yo he comido ya, preciosa...

La camarera se alejó. Los ojos claros de Ed siguieron atentamente los movimientos de sus rollizos glúteos. Volvió a la realidad cuando habló Jason:

—¿Se sabe algo de Dave?

—Nada nuevo. —Ed Barnes jugueteó con los tarros de salsas, ceñudo—. Sigue en coma. Los médicos no saben cómo reaccionará. Tiene una bala cerca de un nervio, junto a la columna vertebral. Es mala cosa.

—Ya. —Mark pudo tragarse otro bocado gracias a la ayuda de la cerveza—. Maldita sea, todo se complica... ¿Dejaste a esas chicas en el *burlesque*?

—Claro. Angus estaba furioso por su demora. Cuando supo que habían sido testigos del tiroteo de Soho, desde el interior de nuestro coche, se olvidó de su enfado y se quedó haciéndoles preguntas y más preguntas.

—¿Estaban muy asustadas aún?

—Imagina... Creo que en su vida pasaron más miedo que hoy, oyendo sonar disparos por todas partes, metidas en el coche y sin atreverse a salir de él. Pobrecillas. Creo que, para resarcirlas y rehabilitarnos un poco a sus ojos, deberíamos invitarlas a algo.

—¿A qué?

—No sé. A cenar, a bailar, a lo que sea. ¿Tú con quién le quedas?

—Vas demasiado de prisa. Ni siquiera sabes si aceptarán.

—Claro que aceptarán. Todas las chicas aceptan. Yo elijo a Vicky. Me van las rubias. ¿O quieres que nos las juguemos a...?

—Oh, Ed, cállate ya con eso —imploró Jason—. No nos jugamos nada. Quédate con tu rubia, si te gusta. Yo acompañaré a la pelirroja. Pero eso no será antes de resolver un puñado de cosas. Tenemos demasiado trabajo en este lío, Ed.

—Siempre tenemos trabajo. Pero también tenemos derecho a unas horas de asueto, ¿no? No somos máquinas...

—A veces lo parecemos —refunfuñó Jason, apartando el plato sin terminar—. Ya se me quitó el apetito.

—Lo siento. Otro día que tenga malas noticias, procuraré dártelas a los postres —se lamentó Ed, que volvió a contemplar muy de cerca el bonito trasero de la camarera, al inclinarse para servirle el café. Señaló a su amigo—. Sírvale a él otro. Lo necesita.

La chica se alejó, contoneando su figura de tal modo, que las faldas, al remontar sus bellos muslos, mostraban los bordes de un *slip* blanco.

—Yo no necesito café —se lamentó Jason—. Bastante nervioso estoy ya...

—Pero así veremos de nuevo a la chica —rio Barnes, volviendo a ponerse serio cuando cambió de tema y, dibujando trazos con unas gotas de cerveza derramadas por Jason en la mesa, añadió seriamente—: Mark, creo que hay más de una banda en juego.

—Sí, yo también he empezado a pensarlo.

—Al Profesor le ha salido competencia. Solo así se explicaría este lío.

—¿Y crees que nuestro anónimo confidente es de la banda rival?

—Podría ser, sí.

—Mientras tanto, Fowler trabajaba para el Profesor, informándole de nuestro movimiento, ¿no?

—Es lo que parece. Pero mientras Fowler no pueda declarar, solo son suposiciones, Mark. Recuerda lo que dijo la chica: ella y Fowler estaban en poder del pistolero.

—Es lo que ella dijo. Entonces no podía imaginar que iban a matarla...

—En cuyo caso tenemos que si Laura Court trabajaba para el Profesor, este cambió sus planes y manipuló la droga de otra forma a la prevista, cuando supo que nosotros teníamos una confidencia. Luego hizo raptar a la muchacha, y aún no sabemos si también a Fowler. O bien lo hicieron los competidores, apoderándose entonces de Fowler y de la chica como rehenes. El Profesor temía que hablasen, y localizó su paradero igual que nosotros lo hicimos, situando allí a un tirador suyo, que tenía orden de liquidar a Fowler y a Laura. Pero como él ya estaba fuera de combate, mató a la chica. Luego, yo maté al pistolero... y cometí un error. Porque nunca sabremos para quién trabajaba. Pero ¿cómo diablos podía yo saber que tú estabas sano y salvo, después de aquella ensalada de tiros dentro del ático?

—Olvida eso. Yo hubiera hecho igual, Ed. Lo importante es que estamos de acuerdo en algo: hay dos fuerzas moviéndose en la ciudad. Por un lado, el Profesor. Por otro, su rival.

—En suma: se ha declarado la guerra entre dos bandas rivales.

—Eso es. Y los enemigos del Profesor, ahora, han liquidado a dos hombres que, aunque independientes y de poca monta, como eran Mackie y Sonny, trabajaban a veces para el Profesor. Es un reto más. La prueba evidente de que hay dos intereses en juego, y cada uno desea intimidar al otro.

—Y nosotros, en medio —comentó Ed, sarcástico.

—Es lo que me temo —el café llegaba ya, y también esta vez Mark contempló a su lado el respetable y redondeado trasero de la camarera. Estuvo a punto de darle un cachete aprobatorio, pero no estaba de humor para ello. De modo que alzó la cabeza, mientras buscaba dinero para pagar, y casi se encontró con los pechos de la joven camarera en su rostro.

Tuvo que echarse atrás para alejarse un poco de aquel busto prominente, ceñido por el uniforme blanco y azul, y descubrió una mirada maliciosa en los claros ojos de su amigo y compañero.

Pagó la cuenta, y vio alejarse a la joven, tras sonreír esta

agradecida por su propina. Tuvo que estar de acuerdo con Ed en algo más que en asuntos de traficantes de drogas y asesinatos.

—Tiene un bonito culo, la verdad —admitió, poniéndose en pie.

—Ya te lo dije. Creo que me acostumbraré a visitar los sitios que tú visitas, bribón. No sé cómo te las arreglas para elegir tan bien.

Mark Jason no le contestó. Llegaron al exterior y subieron al coche oficial, emprendiendo la marcha a través del denso tráfico de la ciudad en aquellas horas.

CAPÍTULO VII

Skully era un tipo huidizo, flaco y de pelo rizado, con gesto de eterno cansancio, un apuesto cigarro delgado en los labios, y la indolencia del vago profesional.

Sin embargo, era un tipo agudo y sagaz como pocos. Solamente de vez en cuando, el destello astuto de sus ojillos demostraba que las apariencias podían ser muy engañosas. Skully, además de haber sido toda su vida un pillo de siete suelas, era uno de los mejores confidentes de la policía.

Ahora estaba reunido con Rod Lennard, en un local donde no servían bebidas alcohólicas, ni tampoco cerraban a las tres de la tarde^[3]. Ante ellos, dos vasos con una infecta bebida con sabor a cola y apariencia de cerveza negra, seguían como al principio, sin que ninguno de ellos se decidiera a probar un sorbo.

—De modo que no sabes nada sobre una posible organización nueva, rival de la del Profesor... —comentó Rod Lennard, el compañero y colega de Ed Barnes y Mark Jason.

—Ni lo más mínimo —negó Skully, pensativo—. Pero hay cierta inquietud con los sucesos de hoy. Tal vez eso sea una explicación, pero creo que yo me hubiese enterado de algo...

—Pues entérate —le dijo Lennard, golpeándole el pecho con su rígido dedo índice—. Los jefes están que trinan. Necesitamos saber algo concreto cuanto antes.

—Haré lo posible.

—Y lo imposible, Skully. El asunto es serio. Si el Profesor y su banda tienen un competidor, este debe ser muy peligroso, para haberse atrevido a liquidar a Sonny y a Mackie. Nadie haría daño a esos dos tipos, a no ser para desafiar a quienes les daban trabajo.

—Sí, lo sé —inclinó la cabeza, miró en torno y añadió confidencialmente—: Se habla de que anoche lograron meter en la ciudad las diez libras de droga...

—Maldita sea, ya imagino que sí —gruñó Lennard, con gesto contrariado—. El doble juego Sonny-Laura Silver, se convirtió en triple. Alguien metió la mercancía al mercado, usando un tercer conducto, mientras nuestro anónimo delator nos informaba solamente de dos de ellos.

—De modo que el informante también se engañó en eso —señaló Skully—. ¿Pensáis por qué salieron las cosas distinto a lo imaginado?

—Hay una teoría en el Yard, sí, pero no nos gusta a ninguno.

—¿Y es...?

—Que uno de nosotros es un soplón que cobra del Profesor.

—Vaya —silbó Skully entre dientes, con ojos centelleantes—. Sí que es feo. Pero tiene sentido.

—Maldita sea, ya sé que lo tiene. Eso es lo malo. Si el Profesor pensó un doble juego, ¿por qué de repente utilizó un nuevo truco y empleó una tercera persona para meter la droga y burlarnos?

—Eso burló también a sus posibles rivales, estos se enfurecieron... y mataron a Sonny y a Mackie, que estaban en el ajo. —Skully asintió despacio—. Sí, también eso tiene sentido, Lennard.

—Sí, también lo tiene. Lo que no sabemos es quién raptó a Laura y a Fowler y quién mató a cada uno de ellos. Pudieron ser todos de la misma banda, o de dos diferentes, ahí está el quid del asunto.

—La gente anda revuelta en los bajos fondos de la ciudad, Lennard. He recogido rumores. Lo de Sonny y Mackie, unido a lo de Soho esta mañana, les tiene en vilo.

—Eso es lo que busca alguien: embrollar las cosas. Averigua lo que puedas. Nos interesa saber si se confirma la existencia de una segunda banda. ¿Algo sobre posibles entradas nuevas de droga?

—De momento, no. Avisaré en cuanto sepa algo. Lo que sí he averiguado, es algo relacionado con esa chica que mataron hoy.

—¿Laura Silver? —Pestañeó Lennard, interesado.

—Sí, Laura Silver, la del *burlesque* de ese marica de Angus Lawrence... Parece ser que tenía un amante.

—¿Un amante?

—Eso es. Un tipo metido en negocios sucios, pero cargado de dinero.

—¿Quién? ¿Sabes su nombre?

—Claro. Jules Levin. Es un conocido industrial. Preside una importante constructora. Se le ha visto a menudo por el Birdcage.

—Es una buena información. Barnes y Jason se ocupan de las cosas de ese local. Se lo diré a ellos para que investiguen. ¿Se dice si el tal Levin puede tener negocios con el Profesor?

—Se dice algo más que eso —rio Skully, levantándose sin haber llegado a probar la bebida oscura—. Se dice que él podría ser el Profesor en persona...

—¿Jules Levin, el Profesor?

—¿Por qué no? —Ed sacó las entradas y se las entregó al portero con aire indiferente—. Es rico, poderoso y tiene pocos escrúpulos. Una clase de tipo así puede ser el Profesor.

—Es bastante conocido como industrial. Creí que construir casas daba suficiente dinero, sin necesidad de traficar en drogas.

—Ya sabes lo que ocurre con el dinero: cuanto más se tiene, más se quiere —miró en torno, a la platea del Birdcage. Meneó la cabeza—. Poca gente esta noche, Mark. Se nota la ausencia de Laura de las carteleras...

—Pero el espectáculo debe continuar —añadió Mark, dirigiendo una ojeada poco amistosa al oxigenado rubio que vigilaba desde un lateral la llegada de espectadores antes de la función—. Angus no cerró su local en señal de duelo...

—Angus no cerraría aunque se muriese toda su familia de golpe —rio Ed, sentándose en un asiento que crujió bajo su peso—. Solo piensa en el dinero.

Angus Lawrence les había visto ya. No se mostró demasiado feliz con su presencia, pero se aproximó a ellos, para darles la bienvenida. Su tono fue seco:

—¿Ustedes otra vez aquí? Cielos, espero que todo salga bien. Empiezo a pensar que son pájaros de mal agüero... Ya ve qué noche. La pobre Laura muerta... y la taquilla depauperada. No sé lo que haré para llenar de nuevo mi negocio...

—Busque a otra chica que tenga un físico parecido —apuntó Mark—. La viste de plata o de oro, y a probar suerte. Cuanto menos vestida vaya, tanto mejor.

—Laura Silver solo había una —suspiró, afectado, el gay—. Oh, cielos, no sé qué hacer ahora... Pensar que nunca más la veré en ese escenario...

Se enjugó unas imaginarias lágrimas, y luego miró receloso a los dos agentes.

—Supongo que ya no habrá aquí nada que ver con esos horribles traficantes de drogas, pistoleros y todo eso... —se alarmó.

—No temas, Angus —le calmó Ed Barnes risueño—. Hemos venido solo a ver el espectáculo. También un policía tiene derecho a divertirse, ¿no?

—Oh, desde luego —pareció aliviado—. De momento, en el hueco que deja la pobre Laura, he metido a una chica que canta y baila mientras hace un *strip-tease*. Primero sale vestida de Caperucita...

—Muy original —ponderó Jason, sarcástico. Miró en torno—. No veo por aquí a Jules Levin.

—¿Levin? —Se sobresaltó Angus—. ¿El señor Levin? Oh, por Dios, él nunca está aquí...

—No mientas, Angus —le reprochó Ed fríamente—. Sabemos que sí viene.

—Venir, sí. Sobre todo, cuando Laura actuaba aquí. Pero es todo un caballero —señaló la primera planta del local—. Siempre ocupa un palco, para no ser visto...

—Oh, claro, no se me había ocurrido —aceptó Ed, guiñando un ojo a Jason—. ¿Esta noche no ocupa ese palco?

—No creo que venga nunca más —se lamentó plañideramente Angus Lawrence, haciendo un ademán ampuloso—. Nunca... El que sí ha venido, pese a no estar ya Laura entre nosotros, es el señor Dobbs.

—¿Quién? —se interesó Jason, cambiando una rápida mirada con Ed.

—El señor Dobbs —pestañeó Angus, entornando los ojos—. Norman Dobbs, el financiero. Un hombre tan señor, tan guapo... tan rico.

—¿Por qué dices que ha venido, pese a no estar Laura? —indagó Barnes.

—Bueno, lo cierto es que el señor Dobbs adoraba a Laura Silver. Eran amigos, muy buenos amigos... El abrigo de zorros plateados era regalo suyo.

—Vaya... —Silbó entre dientes Jason—. Yo creí que su amiguito oficial era Jules Levin.

—Oh, ya saben cómo son esas chicas... —Frívolamente, Angus les guiñó un ojo y se alisó sus cabellos teñidos con un ademán feminoide—. Laura era tremenda. Con aquella figura suya, con aquellas formas... tan coqueta, tan insinuante... Los traía locos, esa es la verdad. El señor Levin había sido amigo suyo. Ahora lo era Norman Dobbs... Ambos se tienen una particular fobia por ello. Celos, ¿entienden? Y orgullo herido. El señor Levin venía a menudo, le enviaba flores, alguna que otra joya... Pero Laura ya no quería saber nada con él. Coquetear... y algo más. Ningún hombre regala abrigos de diez mil libras solo por un simple coqueteo...

—Ya. —Jason miró a lo alto—. Y el generoso señor Dobbs... ¿qué palco ocupa?

—Por favor, prudencia —se asustó Angus Lawrence agitando sus postizas pestañas alocadamente—. Es el tercer palco a la derecha, pero no miren, no demuestren nada. Cielos, si pierdo ese cliente... Acostumbra a pedir champaña. Champaña francés, no crean... Incluso hoy lo ha pedido.

—¿A pesar de estar muerta su... su amiguita? —se extrañó Barnes, mirando disimuladamente a un palco, tras cuyas cortinas se adivinaba la presencia de un hombre sentado en la zona de penumbras—. No resulta muy respetuoso para la muerta.

—Tal vez sea un modo de despedirse de ella, ante el escenario vacío... —Ponderó sensibleramente Angus.

—Sí, tal vez. Gracias, Angus —sonó la música del preludio al espectáculo—. Tal vez nos veamos luego. Ve a rendir tus atenciones al muy generoso señor Dobbs.

El empresario se alejó, desapareciendo entre las cortinas laterales. Cuando se alzó el telón, solamente había un tercio del local ocupado. Se notaba, ciertamente, la ausencia de Laura Silver.

—Por falta de un sospechoso, ahora tenemos dos —musitó Barnes.

—Sí —asintió Jason—. Tanto Levin, el industrial, como Dobbs, el financiero, podrían manejar desde la sombra una organización como la del Profesor. Y ambos tenían relaciones íntimas con la chica.

—Y fue Dobbs quien le regaló el abrigo de zorros, quien tenía relaciones con ella en el presente... y quién está ahí, como si celebrase algo, en vez de llorar el trágico fin de su amante.

—Tú puedes ver el espectáculo tranquilo, al menos por el momento —susurró Ed Barnes poniéndose en pie—. Yo voy a hacer una visita al tercer palco... Ah, no te olvides de aplaudir a Vicky en mi nombre...

—De acuerdo —sonrió Jason, mientras Barnes, agazapado entre las filas de butacas, se movía hacia la escalera que conducía a los palcos, y las coristas, en el escenario, evolucionaban alegremente, exhibiendo una perfecta hilera de pantorrillas bien formadas.

Mark Jason, mientras reflexionaba sobre una serie de cosas, endulzaba su vista con la presencia de aquella muchacha pelirroja, Kareen Seymour, la quinta chica por la derecha en la hilera de coristas.

Realmente, le gustaba la chica. Era atractiva y simpática. También lo era Vicky, pero a él no le iban mucho las rubias. Mejor para Ed. No habría rivalidad. Siguió fijándose en Kareen, mientras se preguntaba qué diablos estaría diciéndole Barnes al financiero Dobbs, y cómo acogería este la intromisión de un agente de Narcóticos en su vida privada.

—Señor Barnes, creo que es usted un impertinente.

—No es el primero que me lo dice, se lo aseguro —sonrió Ed, tranquilo.

—Me quejaré a sus superiores de Scotland Yard. Eso puede costarle el puesto.

—Lo sé. La influencia de un hombre como Norman Dobbs es muy grande. Casi tanto como la de un hombre de la talla de Jules Levin, pongamos por caso.

El hombre alto, delgado, canoso, de impecable figura, vestido de *smoking* clásico, se puso rígido. Su mano aristocrática acarició mecánicamente la curva de su copa de champaña francés. Abajo, en el escenario, las coristas terminaban ya su número de introducción.

—Jules Levin es solo un empresario —dijo secamente—. Construcciones y todo eso. Yo tengo familia en la Cámara y en la aristocracia, señor Barnes.

—Se adivina en su porte, señor Dobbs —miró Barnes en derredor—. No encaja demasiado en un ambiente como este.

—Eso a usted le importa poco —los oscuros ojos del financiero brillaron, algo hostiles y duros—. ¿Por qué nombró precisamente a Jules Levin?

—Oh, por nada. Alguien me dijo que hoy guarda luto por su amada.

—Le han mentido —cortó fríamente el hombre de la City—. Ese hombre, igual que yo, está aquí esta noche.

Y no tiene por qué guardar luto. Laura no era nada para él ya...

—Vaya —sonrió Barnes, mientras Dobbs se contenía, mordiéndose el labio, tal vez porque consideraba que había hablado de más—. Eso no lo sabía. ¿Cómo sabe usted que Levin está en el local? Angus me ha dicho que no ha venido...

—Angus no le mintió. Mire frente a sí. Ha entrado en ese palco mientras usted me importunaba con su presentación, señor Barnes. Ahora, si me permite, quiero disfrutar a solas del espectáculo...

—Claro, señor Dobbs. Pero no creí que pudiese disfrutar en una noche como esta, con Laura Court en un depósito de cadáveres...

—¡Salga inmediatamente de aquí! —rugió el financiero, poniéndose violentamente en pie y señalándole la salida—. Ustedes, los policías, tienen la culpa de eso. Es como si la hubieran matado ustedes mismos... ¡Fuera, señor Barnes! Sus superiores sabrán pronto de mí.

Y usted también.

—Haga lo que quiera, señor Dobbs. Nadie es intocable. Y Laura Court no murió por culpa nuestra, sino de alguien conocido como el Profesor. Un importante y rico traficante en drogas. Alguien que, según algunos, podría ser usted. Y, según otros, su rival en el corazón de Laura Court, el señor Jules Levin... Buenas noches, señor.

Salió, impávido, y una vez a solas, Norman Dobbs perdió toda su aparente serenidad de hombre frío y calculador, para empezar a soltar una sarta de maldiciones, y tirar al suelo alfombrado, con ira, su copa de champaña sin vaciar, que se partió en dos.

El espectáculo estaba tocando a su fin.

Jules Levin, importante industrial, presidente de la más conocida firma constructora y urbanizadora de Londres, se incorporó lentamente, poniéndose el abrigo oscuro y tomando su bastón, para dirigirse hacia la salida del palco, cuando todavía las luces de la sala estaban apagadas, y las coristas actuaban como cierre del *show* en el pequeño escenario.

Se quedó inmóvil y sobresaltado, cuando el hombre apareció en

la puerta, mirándole fijamente.

—¿Eh? —masculló—. ¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí?

—No se sobresalte, señor Levin —sonrió el hombre joven, atlético, de ojos grises y fríos—. Mi nombre es Mark Jason y soy agente especial de la Brigada de Estupefacientes de Scotland Yard.

—Un policía... de Estupefacientes... ¿Qué diablos tengo yo que ver en eso?

—No lo sé, señor Levin. Hay quien dice que usted podría ser el Profesor, el primer traficante de drogas del país.

—¡Yo! —Enrojeció vivamente el industrial, dando un paso atrás—. ¿Está en su sano juicio? ¿Es usted, realmente, un policía... o un loco?

—Policía, sí lo soy —le mostró su credencial y su placa—. Loco... no sé. Yo no lo digo. Se dice por ahí...

—Eso es un puro disparate. ¿Quién puede decir eso?

—Gente que conocía a Laura Court. Dicen que ella trabajaba para el Profesor. Y que siempre le veían con usted. Han debido asociar ambas cosas.

—Señor Jason, no le digo lo que pienso de eso, porque no vale la pena —silabeó duramente Levin—. Pero sepa que si hubo algo entre esa dama y yo, terminó hace ya tiempo. Ahora es otro hombre quién se relacionaba con ella. Tal vez él sí pueda ser el traficante que buscan.

—¿Norman Dobbs? —sonrió Jason.

—El mismo. ¿Ya lo saben? —Levin dio rienda suelta a su rencor—. ¡El era su amante, él podría ser su jefe hasta que ella murió! Ha venido aquí esta noche; yo le he visto en un palco de enfrente, como él me ha visto a mí. Pero mientras yo vengo a llorar la memoria de aquella pobre e inconsciente muchacha, él bebe champaña como si hubiera algo que celebrar. ¿Por qué no van a él, por qué no le acusan ustedes a él de algo que puede explicar el trágico fin de mi querida Laura?

Mark Jason le estudiaba pensativamente. Ed le había hablado ya de la reacción airada del financiero a sus sugerencias. En cambio, Levin no se sentía escandalizado, sino furioso. Furioso, porque acusaba a Dobbs de aquello que a él se le insinuaba.

—Le aseguro que estamos investigando a ese hombre —dijo Jason serenamente—. Y que si le hablé así, señor Levin, fue

solamente por saber si podíamos contar con usted para colaborar en el desenmascaramiento de Norman Dobbs como jefe oculto de una organización criminal en la que también Laura estaba implicada.

—Pueden contar incondicionalmente conmigo —dijo sibilante el industrial, cerrando los puños—. El día más feliz de mi vida, será aquel en que vea hundido hasta el cuello a ese hombre. El me robó el afecto de Laura invadiéndola de costosos regalos pero, sobre todo, prometiéndola algo que yo no podría cumplir: casarse con ella.

—¿Eso hizo Dobbs? —Pestañeó Mark Jason—. Yo creía que él estaba casado...

—Y lo está. Igual que yo. Con la diferencia de que mi esposa goza de excelente salud, y la de él está muy enferma. Debe sentirse muy seguro de que enviudará pronto, para prometer algo así a Laura. Algo que, ciertamente, no pensaba cumplir. Para él, lo importante era llegar a poseer a Laura, alcanzar su capricho... destrozando mis sentimientos y, a la larga, también los de ella. Pero ni de eso tuvo tiempo, ya que ahora está muerta...

—Bien, señor Levin. Le prometo que investigaremos a fondo la vida de Norman Dobbs. Me pondré en contacto con usted, por si puede ayudarme a terminar con él, caso de que sea el Profesor.

—De algo estoy seguro, señor Jason: yo no soy ese hombre. De modo que hay muchas posibilidades de que él sí lo sea. Y, de ser así, me tiene a su disposición.

—Muy amable —le tendió Mark su mano cordialmente—. Gracias por todo, señor Levin. Y reciba mi condolencia. Ahora sé quién siente, realmente, la pérdida de Laura Court.

Y salió del palco, cuando una sospechosa humedad se agolpaba en los ojos del industrial, tras haberse estrechado la mano ambos hombres.

CAPÍTULO VIII

—De modo que así están las cosas —suspiró Ed Barnes—. Yo conozco a un hombre duro, intransigente y airado... y tú a otro dolorido, rencoroso y ansioso de cooperar para destruir a su rival.

—Sin embargo, cualquiera de los dos puede estar representando una farsa y ser, realmente, el hombre que buscamos —señaló Mark Jason.

—Claro. Lo importante sería saber quién de los dos miente. Uno pudo ir esta noche allí por auténtico dolor, para evocar a Laura, pero el otro pudo ir porque era una forma de celebrar su victoria al silenciar para siempre a su cómplice y sentirse así más seguro. Lo difícil es eso, definir a cada cual en su papel, Mark.

—Creo que lo mejor sería que dejarais todo eso ahora, y os acordarais un poco más de nosotras dos —se quejó Vicky Logan, con tono compungido.

—Es cierto —se disculpó Barnes, mirando dulcemente a su compañera de asiento—. Debes perdonarme. Es deformación profesional. Uno acaba incluso soñando con criminales y granujas de todo tipo.

—Entonces, no será muy divertido ser la novia o la esposa de un policía —opinó Kareen, sonriendo.

—No hagas caso a Ed —terció Mark risueño—. Siempre exagera las cosas. Yo te aseguro, Kareen, que no sueño nunca con nada que me recuerde mi trabajo. Y solo hablo de él junto a una chica bonita cuando estoy muy preocupado.

—De modo que ahora estás preocupado —rio Kareen.

—Mucho —admitió Mark, conduciendo el automóvil a través del bullicioso ambiente del Piccadilly nocturno—. Pero intentaré olvidarlo pronto. En cuanto cenemos algo frío y bailemos en cualquier club. ¿Os parece bien el programa?

—Excelente —aprobó Vicky, palmoteando—. ¿Es vuestra noche

libre?

—Nosotros no tenemos noches libres —sonrió Ed Barnes—. Pero hemos informado ya a los jefes de cuánto sabemos. Mañana nos tocará trabajar temprano, pero ahora la noche es nuestra, preciosa.

Rieron los cuatro, mientras Mark buscaba un lugar donde aparcar, no lejos de alguno de los locales abiertos que se ofrecían al paseante nocturno.

Poco después, entraban en un restaurante abierto hasta altas horas de la madrugada y se iniciaba una noche alegre para los cuatro jóvenes. Ellas, olvidándose por el momento de su duro trabajo de coristas en el *burlesque* de Angus Lawrence. Ellos, procurando no recordar que eran policías y que un difícil caso de tráfico de drogas y de asesinatos seguía en sus manos, sin solución aparente.

—Soho es muy solitario a estas horas... —suspiró Kareen, deteniéndose ante la puerta de su casa—. Pero el barrio no es tan malo como dicen.

—Esta mañana, ciertamente, era muy diferente —admitió Mark, mirando hacia el cercano mercado y recordando, con un estremecimiento, el tiroteo que culminó con la muerte de dos hombres y una mujer, y la gravísima herida de su colega David Fowler, el hombre sobre el que pesaba la sombra de la sospecha de corrupción, al servicio de la organización de traficantes en drogas.

—Vicky no sé si habrá vuelto ya —rio suavemente Kareen, mirando a las ventanas oscuras de su apartamento. Luego miró maliciosa a Mark—. Qué maña se dieron para desaparecer en aquella discoteca, ¿eh?

—Así es Ed —rio a su vez Mark—. De no hacerlo él, de todos modos, lo hubiera hecho yo...

—Sois un par de picaros —le reprochó ella, con un mohín.

Jason la miró. Sus brazos rodearon los hombros de ella. La atrajo hacia sí. Notó el calor de su cuerpo, apretándose al de él. Besó su boca carnosa y húmeda. Ella tembló.

—¿Lo has pasado bien, Kareen? —preguntó Mark.

—Mucho —asintió ella, con un suspiro—. He sido muy feliz esta noche.

—Me alegra, Kareen. Yo también. He llegado incluso a olvidar todo.

—Eres muy amable, Mark.

—No es amabilidad, Kareen. Te digo la verdad.

—Habrás salido con tantas chicas mejores que una pobre corista de *music-hall* de baja estofa...

—No digas esas cosas. Eres la chica más maravillosa que he conocido, te lo aseguro.

Volvió a besarla. Sus manos acariciaron las suaves y prietas curvas de la muchacha. Ella gimió en sus brazos. Le miró turbiamente.

—Si no fuese por Vicky... te invitaría a subir —musitó—. Pero tal vez esté ya en casa y...

—No, Kareen. Ya nos veremos de nuevo muy pronto. Es mejor así.

Esta vez, su beso se prolongó más aún. Luego, Kareen subió los escalones que conducían a la puerta de la casa. Mientras abría, sonrió a Mark y la despidió:

—No tardes, Mark. Te estaré esperando...

—Mañana mismo, si hay ocasión... allí estaré —prometió él.

—Sería maravilloso —susurró ella.

—Estaré... aunque se hunda el mundo —rio Mark Jason, solemne.

Ella se echó a reír, y entró en la casa, cerrando tras de sí. Solamente cuando Mark vio luz en las ventanas del apartamento, se alejó hacia el coche, para regresar a casa y descansar.

Antes, se detuvo en una cabina telefónica pública, se encerró en el cubículo rojo encristalado, y marcó un número.

—Habla Mark Jason —informó—. ¿Quién es ahí?

—Lennard —sonó la voz familiar de su compañero—. ¿Dónde diablos te metiste?

—Tuve cosas que hacer. ¿Ha llamado Ed?

—No, infiernos, aún no. El jefe está que trina. Quiere saber de vosotros en seguida. Por fortuna, ahora se fue a tomar un café. Yo puedo contarte lo que ocurre.

—¿Es que ocurre algo? —se alarmó Mark súbitamente, aferrando el teléfono con más fuerza.

—¿Si ocurre? Agárrate por si te caes, Mark —la pausa fue breve pero se hizo una eternidad, antes de que sonara de nuevo la voz de Rod Lennard, tras un carraspeo—: Han liquidado a Dean Bishop,

uno de los enlaces más conocidos de la banda del Profesor. Igual que a Mackie y a Sonny: dos balazos a bocajarro. La misma arma e idéntico calibre. Una «*Parabellum*» calibre 45.

—¡Por todos los diablos! Otro miembro del *gang* del Profesor...

—masculló Mark Jason, irritado—. ¿Cuándo va a terminar la masacre?

—Me temo que nunca. Eso es solo el principio de las novedades.

—¿Hay más? —Jason creyó que el cielo se abría a grietas bajo sus pies.

—Mucho más. Jeremy Prescott ha sido muerto igualmente. Pero esta vez, no por un asesino, sino por unos miembros de nuestro Cuerpo, en un enfrentamiento en Spitalfields. Le hallaron encima un cargamento de ¡cinco libras de heroína pura! Y una media libra de LSD. Hubo un informe anónimo al cuartelillo de esa zona, y dos inspectores, en compañía de tres policemen acudieron al lugar indicado, cazando a Prescott con el cargamento. Por cierto, el tal Prescott tenía antecedentes pero nada que le relacionase con la banda del Profesor ni con el tráfico de drogas. Ha sido una sorpresa completa.

—El confidente sabe mucho. La guerra es un hecho, al parecer.

—Total. Están exterminando a la banda del Profesor, tal vez para que otros igual o peores que él y su gentuza, invadan la ciudad de estupefacientes. Tenemos que hacer algo. Y pronto, Mark.

—Claro. Voy ahora hacia allá, a ver al jefe. ¿No sabes nada de Ed, seguro?

—Nada en absoluto. Y son va las cinco de la mañana. No me gusta esto.

—A mí tampoco. Quedó en llamar él. Tal vez le ocurre algo...

—Tal vez. Vente para acá en seguida, Mark. Nos movilizaremos todos.

—Estoy en pocos minutos —colgó Jason, disponiéndose a salir de la cabina.

El frío contacto de algo metálico y redondo en su nuca, le paró en seco, apenas hubo colgado el aparato telefónico. Una voz glacial, ronca, sonó a sus espaldas:

—Ni un movimiento, polizante. No me obligue a volarle la cabeza. Lo haría sin el menor escrúpulo, esté seguro de ello. Del mismo modo que maté a Sonny, a Mackie, a Bishop y otros... le

mataría a usted.

Una mano enguantada se introdujo en su chaqueta, quitándole de la axila el revólver. Luego, la voz susurró fríamente:

—Salga de la cabina. Entre en el coche que hay ante ella. Siéntese al volante y conduzca usted. No intente nada. Sería mucho peor para usted. Y para otras personas. Piense que si intenta estrellar el coche y matarme, morirá conmigo. Y el lugar donde están ahora encerrados y a buen recaudo su amigo Ed Barnes y una chica rubia que le acompaña seguiría siendo ignorado por todos... y ellos morirían de hambre, de frío, de humedad... o devorados por las ratas. Elija, amigo.

Mark Jason se estremeció. De modo que era eso. Ed, secuestrado con Vicky Logan. Y ahora, él.

Salió de la cabina, obediente. El arma pegada a su nuca tenía un cilindro muy ancho. Sin duda era un silenciador. De soslayo, vio a su raptor.

Alto, con abrigo negro, guantes negros, bombín, gafas oscuras, pelo muy negro y lustroso, barbita y bigote, tez oscura y rugosa...

No le había visto nunca. No creía que fuese precisamente el Profesor... sino todo lo contrario. El anónimo comunicante de Scotland Yard. El confidente que revelaba todos los golpes del Profesor. El asesino de los miembros de su banda.

Subió al coche. Era negro y amplio. Tomó el volante. A su lado se situó el misterioso caballero enlutado. El cañón de la «*Parabellum*» silenciosa se apoyó en su costado, inexorable.

—Adelante —invitó fríamente su raptor.

—¿Hacia dónde?

—De momento, vaya hasta Oxford Street. Luego, le iré indicando.

Mark le miró, preocupado, por el retrovisor. La boca del hombre hizo una mueca entre el pelo de su barbita.

—No tema nada. Sé lo que piensa —gruñó—. Va a conocer el trayecto hasta el lugar donde le esperan su amigo y la chica. No importa. Cuando les libere, ese refugio dejará de ser válido. No me sirve para nada. En cambio, ustedes tendrán su vida y su libertad de nuevo. Nada de dramatismos. Ni vendas en los ojos ni trayectos misteriosos. No me gustan las truculencias.

Jason no dijo nada. Se limitó a conducir, obedeciendo a su

inquietante pasajero. Cuando alcanzaban Oxford Street, con sus populosas tiendas desiertas y cerradas, se arriesgó a hacer una pregunta:

—¿Por qué ha secuestrado a mi amigo Barnes y a la chica? ¿Por qué luego a mí?

—Tenía que hacerlo. Ustedes serán quienes me ayudarán ahora.

—¿A usted?

—Están obligados a hacerlo. Tendrán un gran éxito profesional: la captura del Profesor, nada menos.

—Ya. —Mark apretó los labios, intentando observar por el retrovisor al hombre que le había capturado—. Ese ha sido siempre su pronóstico, ¿no es cierto? Terminar con el Profesor.

—Exacto.

—¿Por qué? ¿Para apoderarse usted del negocio en exclusiva?

—Es una buena razón, después de todo —rio la ronca voz, sin pronunciarse en ningún sentido.

—Sí, muy buena. Dominar el mercado de Londres, significan miles de libras al año. Cientos de miles.

—Sí, es mucho dinero. Pero dejemos eso. ¿Está dispuesto a colaborar en el fin del Profesor?

—Por supuesto. Peto también en el suyo.

—Lo imaginaba —el caballero hizo un gesto—. Se tendrá que conformar solo con una parte. Yo le entregaré al Profesor. Es todo lo que puedo hacer. Luego... usted y su amigo se cubrirán de gloria ante la opinión pública, y Scotland Yard habrá obtenido uno de sus más resonantes éxitos.

—A cambio de dejarle a usted medrar.

—A cambio de nada. Yo estoy al margen de ustedes. No pueden nada contra mí, tal vez ni siquiera les moleste luego demasiado. Tengo otros planes más ambiciosos y tal vez menos molestos para Scotland Yard.

—Si puede entregarnos al Profesor, ¿por qué no le remata usted mismo, como ha hecho con sus restantes compinches?

—Porque ustedes pueden hacerlo mucho mejor que yo. Es su tarea. De cualquier modo, seguiré teniendo un rehén que me responderá de su labor: Vicky Logan.

—¿Se va a quedar con ella? —Se inquietó Jason.

—Por supuesto. Sepa también que si me fallasen, su amiguita,

esa bonita pelirroja de quién se despidió a la puerta de su casa, también peligraría seriamente.

—Es usted un canalla.

—De acuerdo —rio el enlutado—. Pero un canalla muy útil para ustedes dos, señor Jason. Pronto lo verá. Ahora, doble ahí. Luego, a la derecha... Así...

Y bajo la presión del arma silenciosa contra su costado, coaccionado por el riesgo que corrían en estos momentos su camarada Ed y la muchacha, Vicky, Mark no tenía otro remedio que seguir adelante con aquel juego siniestro.

Y conducir el automóvil al lugar previsto por su raptor.

Era una barcaza anclada en el río, en uno de los muelles del estuario.

Una enorme y vieja barcaza, en cuyo interior fue introducido, a punta de pistola, el agente de Narcóticos Mark Gordon, de la llamada Brigada de Narcóticos de New Scotland Yard.

Olía a humedad, a moho, a metal oxidado y a suciedad. En su interior había charcos de agua pestilente, una oscuridad siniestra y numerosas ratas que deambulaban, con carreras ruidosas, de proa a popa del viejo y abandonado barco de plana superficie.

—Vamos, siga —le invitó fríamente la voz del hombre de ropas oscuras, presionando su espalda con el cañón alargado de la pistola silenciosa—. Siga, no se detenga, Jason.

Mark obedecía, porque no tenía otro remedio. Pisó en ocasiones los cuerpos viscosos y peludos de algunos de los roedores, que se perdieron por las negruras húmedas, emitiendo chillidos agudos.

Finalmente, llegaron a un fondo dividido en compartimientos. En uno de ellos metió el individuo a su cautivo, y encendió un cabo de vela sobre una viga de hierro oxidado.

—Se quedará aquí —dijo fríamente el misterioso personaje—. No intente salir. No podrá hacerlo. Pronto se reunirá con su amigo Barnes. Tenga paciencia. No quiero hacerles daño a ninguno de ustedes tres. No me obliguen a ello con una estupidez.

Salió el individuo de barbita recortada, cerrando tras de sí, ruidosamente, una puerta metálica cuyo pestillo rechinó por fuera.

Mark se quedó solo, a la luz del pequeño cabo de vela. Oyó murmullo de voces, pero le resultaron ininteligibles. Luego, una serie de ruidos. Y, finalmente, de nuevo unos pasos se aproximaron

a aquella puerta. Pero estos no eran los firmes pasos de su secuestrador, sino otros más vacilantes e inseguros. También más lentos.

Tras una sorda imprecación, una voz llamó en el exterior:

—¡Mark! ¡Mark! ¿Dónde diablos estás? ¡Mark!

—¡Aquí! —llamó Jason, esperanzado al reconocer aquella voz—. ¡Aquí, Ed!

Se detuvieron los pasos ante la puerta. Rechinó de nuevo el cerrojo, al ser descorrido. Apareció en el umbral Ed Barnes, pálido, despeinado y con manchas de suciedad en su rostro y manos. Ambos amigos cambiaron una mirada a la claridad de la vela. Luego, se dieron un fuerte abrazo.

—Mark, amigo mío... —suspiró Ed—. Temí lo peor.

—Yo también —jadeó Jason—. ¿Y Vicky? ¿Dónde está?

—Ese tipo se la ha llevado. Acaba de abandonar la barcaza con ella. Dice que la volveré a ver con vida cuando hayamos concluido la tarea...

—¿Y esa tarea es...?

—¿No te lo dijo? Me ha dejado sus instrucciones, mira —extrajo del bolsillo un papel y se lo tendió a Jason.

Mark leyó, a la luz del trozo de vela, el texto mecanografiado en mayúsculas:

«ENCONTRARAN SUS ARMAS EN LA CUBIERTA DE ESTA BARCAZA. ESPEREN UNA HORA. EL PROFESOR ESTA CITADO EN EL MUELLE TRES. CREE QUE VA A VER A UN AMIGO Y CÓMPLICE SUYO. CAPTÚRENLE ENTONCES. A USTEDES NO SE RESISTIRÁ.

»SI TODO SALE BIEN, A MEDIODÍA ESTARÁ LA SEÑORITA LOGAN EN SU CASA. SI FALLAN...».

No había más. Ni hacía falta. Ed y Mark se miraron. Ambos hicieron un mismo gesto de asentimiento. Una vez más, estaban de acuerdo.

—Vamos arriba —dijo Mark enérgicamente—. Recuperemos las armas. Y ya que no hay otro remedio..., demos caza al Profesor.

—Sí, vamos allá —aceptó Ed, desprecizándose—. Uf, tengo brazos y piernas anquilosados... Me he pasado más de tres horas

encerrado en un maldito rincón de este sucio cacharro.

—Y mientras, yo me divertía y pensaba que tú también lo estabas pasando de maravilla... —resopló Mark, emprendiendo la marcha hacia la cubierta de la barcaza.

CAPÍTULO IX

Ed Barnes y Mark Jason estaban agazapados en el muelle tres.

Habían transcurrido cincuenta minutos, cuando el automóvil, silenciosamente, se detuvo entre unos muros de ladrillo y unas grúas, a poca distancia de ellos.

Abrióse la portezuela. Un hombre embozado, con impermeable oscuro, brotó del vehículo, empuñando un arma en su mano. Era una automática oscura y de buen calibre.

Ed y Mark cambiaron una mirada.

—No va a ser tan sencillo —susurró entre dientes Barnes.

—Ese tipo nos engañó. Habrá jaleo —corroboró Mark, ceñudo.

El embozado, que usaba una larga bufanda gris para ocultar su rostro hasta la altura de los ojos, mientras el sombrero-encasquetado cubría el resto, se movió cautelosamente en medio de las grúas, fardos y vagonetas del muelle, escudriñando la oscuridad circundante.

—¡Smith! —llamó—. ¡Smith! ¿Está usted ahí?

—Smith... —repitió en voz baja Barnes—. Debe ser el nombre falso de nuestro confidente y «amigo», el tipo de la barbita y las gafas de sol...

Asintió Mark Jason, pensativo, sin perder de vista al recién llegado. Algo en él le resultaba familiar. Si aquel era realmente el Profesor, le había visto antes de ahora en alguna parte, bajo otra identidad.

—Creo que uno de nosotros debe responder —musitó Jason.

Ed asintió, pensativo. Preguntó:

—¿Crees que podrías fingir la voz de aquel tipo que nos capturó?

—No es difícil. Era una forma de disfrazarla. Lo intentaré.

—¡Smith! —repitió la voz ronca del recién llegado—. ¿Sabe usted o no? Hay prisa, y debemos resolverlas o antes posible.

—De acuerdo, amigo —asintió la voz de Mark Jason, imitando con bastante exactitud el tono simulado de la voz de su raptor—. Aquí estoy...

Se incorporó, a medias, de forma que se viese su bulto. En modo alguno podía esperar la reacción del otro a su aparición.

Lo que parecía un encuentro amistoso en la oscuridad de aquel apartado lugar del estuario, se convirtió en un enfrentamiento mortal.

Porque el embozado, apenas oyó la voz y vio alzarse la figura de Jason, alzó su arma con celeridad, apuntó al joven policía y gritó ásperamente:

—¡Traidor, no has logrado convencerme! ¡Sé que me has traicionado para...!

Mark Jason, por un instante, estuvo en descubierto y con una sorpresa que demoró peligrosamente su reacción. Por fortuna, Ed Barnes, que le cubría, sí había estado muy atento todo el tiempo, sin perder de vista las acciones del embozado.

Apretó el gatillo de su revólver por tres veces, vertiginosamente. Lameó el arma en otras tantas ocasiones, y tres proyectiles volaron al encuentro del hombre de la bufanda gris.

Le alcanzó en el pecho, cuello y cabeza. Eran tres disparos mortales, y Ed tuvo buen cuidado de no fallar. De otro modo, la vida de su amigo peligraba seriamente.

Jack Jason vio oscilar al desconocido, trastabillar, perder su arma, emitir un gruñido ronco, un estertor horrible... y caer de bruces en un negro charco de agua grasienta.

—Uf... —resopló Mark, apurado. Se volvió a Ed—. Gracias, amigo. Es evidente que el tipo no se fiaba de su compinche... Acudió a la entrevista amistosa con la idea de liquidarle, antes de ser él liquidado...

Llegaron con rapidez hasta el cadáver, mientras Barnes mascullaba entre dientes, reponiendo las balas en su humeante revólver:

—Eso te enseñará a no confiarte nunca. Pudo haberte cazado, el muy...

No concluyó la frase. Mark se había inclinado sobre el caído. Rebuscó en sus bolsillos, hallando una agenda y unos papeles. Los examinó a la luz de su linterna.

—Vaya... —Emitió un silbido—. Nuestro raptor no nos engañó, Ed. Era, realmente, el Profesor.

—¿Cómo lo sabes? —Quiso averiguar Ed, mientras quitaba al muerto su sombrero y bufanda.

—Estas listas... Figuran cargamentos de droga, están los nombres de los miembros de su banda... Incluido Jeremy Prescott, a quien nuestros compañeros cazaron esta noche...

—Vaya, eso lo aclara todo: Sonny, Mackie, Bishop, Prescott... y todo lo demás, incluidas las delaciones. El competidor del Profesor tiene ahora el campo libre, maldito sea. Y con nuestra ayuda, además... Eh, Mark, ¿viste *quién* era el Profesor? Eso explica muchas cosas... y nos enseñará a no fiarnos nunca de nadie...

Mark asintió, contemplando el rostro del hombre muerto a tiros.

—Ya veo —suspiró—. Nada menos que nuestro gay amigo, Angus Lawrence, el dueño del *burlesque*... Sí, Ed, eso explica muchas cosas...

CAPÍTULO X

—Parece que hará un buen día... —Bostezó Ed Barnes, parpadeando deslumbrado, al abandonar el Yard, ya de mañana, en compañía de su amigo Mark—. Además, creo que nos darán una fecha de descanso, como mínimo.

—Excelente idea —suspiró Mark—. Podremos ir con las chicas a divertirnos. Y espero que esta vez, nadie nos complique la vida de nuevo.

—Dios no lo quiera —sonrió Barnes, dirigiéndose a su coche—. ¿Te llevo a casa?

—No, gracias. Iré yo solo. Cuanto antes nos acostemos, tanto mejor. ¿Tú te cuidarás de llamar a Vicky?

—Sí. A mediodía. He quedado en ello telefónicamente, con Kareen. Estaba muy asustada por su compañera. Esperemos que ese tipo cumpla su palabra y la reintegre a casa a mediodía. En caso contrario, si algo le sucediese a Vicky... no descansaría hasta hacerle pedazos con mis propias manos.

—Yo tampoco. Confío en que todo vaya bien, Ed. Hicimos lo que él quería. Ya se ha deshecho del Profesor...

Se agitaron el brazo en mutua despedida. Cada uno tomó su coche, encaminándose a sus respectivos domicilios, para descansar unas horas cuando menos.

Mientras conducía camino de su casa, Mark seguía pensando en lo sucedido. Y en el estado de David Fowler, el policía que, tal vez, fuese acusado de haber dado información al Profesor y su gente, durante el tiempo en que la banda se anticipaba siempre a las acciones de la policía.

Solo ahora, desde que Fowler estaba fuera de combate, la policía tenía éxito en sus actividades contra el ya difunto Profesor. Eso parecía significativo, por desgracia para Fowler.

Luego, Mark Jason dejó de pensar en eso, para concentrarse en

el tráfico, muy escaso aún a aquellas horas, mientras intentaba combatir el sueño.

CAPÍTULO XI

Volvieron a encontrarse a la hora de comer, en el mismo local donde el día anterior viera Barnes a la estupenda camarera del trasero llamativo.

—Vaya, coincidimos hoy, ¿eh? —sonrió Barnes, guiñando un ojo maliciosamente a su compañero.

—Sí —asintió Mark, alzando sus ojos del plato—. Ya lo suponía..., pero te llevarás un chasco. Esa camarera tiene hoy su día libre. La suplente tiene cincuenta años y no vale un penique.

—Oh... —se lamentó Barnes, poniéndose serio como por ensalmo—. Eso es injusto...

—Totalmente injusto —admitió Mark—. Pero es así... Veo por tu gesto que Vicky ya regresó sana y salva...

—Y puntualmente, además —suspiró Ed—. A las doce en punto del mediodía llegaba a casa. Su captor la abandonó justamente en Oxford Street, junto a Tottenham Court Road. La trató cortésmente. Y, desde luego, era el mismo tipo de las gafas, la barbita recortada y el gabán negro.

—Lo sé —asintió Mark cansadamente.

—¿Eh? —Pestañeó Ed Barnes, mirándole atónito—. ¿Lo sabes?

—Claro —bostezó Mark—. He dormido muy poco. Apenas nada. Lo justo para estar en ese lugar a la hora justa en que nuestro misterioso «señor Smith» dejaba a Vicky Logan en Tottenham Court Road.

—¿Qué quieres decir? —se asombró Barnes—. ¿Tú lo has visto?

—Sí. Lo he visto.

—Pero... ¡pero eso no tiene sentido! ¿Cómo podías tú saber...? Además, ¿por qué no le arrestaste entonces, apenas dejase a la chica? Bueno, supongo que todo es una broma...

—No, no es ninguna broma —negó lentamente Mark Jason levantando sus ojos del plato nuevamente—. El señor «Smith» se

alejó luego hacia Kingsway y descendió hasta Fleet Street. Allí se detuvo en una casa con garaje, donde guardó el coche y entró tranquilamente.

—Es... es inaudito —jadeó Ed Barnes, con el rostro demudado —. No tiene sentido, Mark... ¿Cómo pudiste saber tú... dónde dejaría a la chica para devolverla a su casa?

—No podía saberlo. Nadie, excepto él, podía saber tal cosa, Ed. Por eso, lo que hice fue vigilar a alguien. Y esperar. Al final, le vi salir. Le seguí. Poco más tarde, se había convertido en otro hombre: en nuestro caballero de la barbita y el bombín negro.

—Mark, todo eso... todo eso es un puro disparate... ¿Cómo sospechabas tú que había alguien que podía convertirse en el caballero de la barbita?

—Porque tenía que ser alguien con otro aspecto físico. Nadie se ofrece tal como es a la vista de unos testigos que podrían luego acusarle. Todo era un disfraz. Plástico, postizos y todo eso.

—Y tú... tú sabes qué rostro, qué persona, se ocultaba tras esos afeites y postizos...

—Sí, Ed. Lo sé. Ahora sí lo sé. Por eso te lo cuento.

La camarera se aproximó a pedirle la consumición. Ed Barnes alzó sus claros ojos hacia ella. Musitó, negando con la cabeza:

—No, nada. Ahora, nada. No tengo apetito, gracias...

Ceñuda, la camarera se fue. Jason había retirado su plato.

—Yo tampoco tengo apetito, Ed —suspiró. Se quedó mirándole —. ¿Por qué, Ed? ¿Por qué?...

Barnes se pasó los dedos por sus rubios cabellos. Encogióse luego de hombros.

—No hubo nunca tal competidor ni tal banda rival —murmuró.

—Lo imaginaba.

—Solo había un cómplice que se había enriquecido. Y quería romper con todo eso. El Profesor no le dejaba. Conocía su identidad, podía denunciarle. Por eso el Profesor debía morir también. Primero, creyó que eran competidores. Luego, empezó a sospechar que era otro juego más astuto: un cómplice que ya era rico aunque nadie lo sabía, y que quería abandonar el negocio. La única forma de hacerlo, era deshacerse del Profesor y de su banda.

—Y tú, Ed... LO HICISTE. Te fuiste deshaciendo de todos, uno a uno. Luego, hiciste la jugarreta del rapto, para liquidar al Profesor,

que apenas oyese tu falsa voz, dispararía, porque estaba seguro de tu culpabilidad. Así mataste también a Angus, el Profesor, y quedaste libre de todos, impune... y rico.

—Así fue, Mark. —Ed Barnes, muy pálido, se puso en pie—. ¿Cómo lo sospechaste?

—Anoche hice algo que tú no advertiste. Al «señor Smith» le dejé una mancha de tinta de mi bolígrafo, disimuladamente... en el cuello, al rozarle en un momento en que fingí tropezar, dentro de la barcaza.

—Cielos, Mark... Debí sospecharlo. Tú viste luego la mancha en MI cuello...

—Sí, Ed. No podía creerlo. Fue después de morir Angus, ya en Scotland Yard... Me quedé aterrado. Por eso, esta mañana vigilé tu casa. Te vi salir, ir a por Vicky en el escondrijo donde la tenías. Por el camino, cambiaste tu aspecto. Era la prueba necesaria. Lo he filmado todo, Ed. En una película de ocho milímetros... Además, tú anoche cometiste otro error.

—¿Otro?

—Nombraste la muerte de Bishop. Cosa que no podías saber, puesto que murió estando tú cautivo, si eso era verdad. Por tanto, si lo sabías... es que ni estuviste cautivo, ni eras inocente.

—Siempre lo dije, Mark: eres el policía más listo de la Brigada. Te felicito... —Miró tristemente a su amigo—. Pero a ti nunca intenté hacerte daño...

—Lo sé. ¿Vamos ya, Ed?

—Sí, vamos... —sonrió—. Podríamos jugarnos mi fuga o arresto a cara o cruz, ¿no?

—Muy gracioso —sonrió forzado Mark—. Lo siento, Ed. Se acabó el juego...

—Claro. ¿Puedo... puedo ir un momento al lavabo?

—Naturalmente —asintió Jason—. Puedes ir, Ed.

—Gracias —le miró largamente. Luego, se alejó, entró en el lavabo y cerró tras de sí.

Un momento más tarde, sonaba un estampido seco tras la puerta.

Mark Jason permaneció quieto, pálido, mientras la gente corría al servicio. Luego, se limitó a ir al teléfono, descolgó y dijo, tras comunicar con el Yard:

—Aquí, Mark Jason, de la Brigada de Narcóticos. Vengan al lugar que les diré. Un hombre se ha matado... Uno de los nuestros, sí...

Colgó. Exhaló un suspiro. Meneó la cabeza, mirando al lavabo. Oyó gritos de terror y sorpresa.

—Después de todo, ganaste de nuevo, en tu cara o cruz —musitó—. Y yo lo sabía, Ed, amigo mío...

Se alejó hacia la puerta, a esperar la llegada de la patrulla. Luego, tendría tiempo de ir al *burlesque* y ver a las chicas. Consolaría a Vicky. Y saldría con Kareen. Para olvidar. Para olvidarlo todo y no pensar más que en ella...

Si eso era posible.

FIN

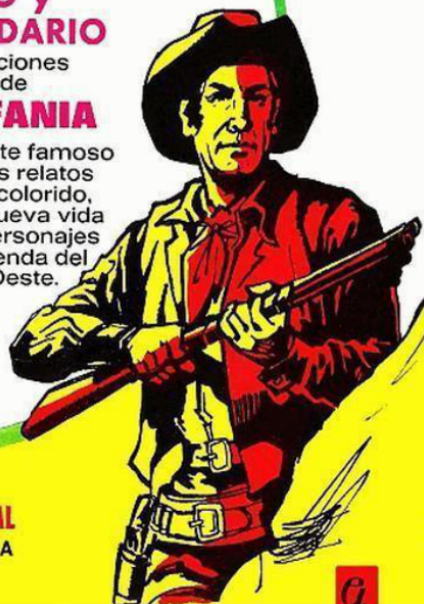
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

NOTAS

[1] «Nieve» es el nombre, en jerga de maleantes, dado a la cocaína o la heroína en polvo. < <

[2] La actual moneda inglesa de 50 peniques, no es circular, sino poligonal. < <

[3] En Londres, a partir de las dos y media o tres de la tarde, se cierran los pubs hasta las cinco y media, incluso aquellos autorizados a servir bebidas alcohólicas durante todo el día. Quedan algunos locales, donde sólo se puede tomar café, refrescos, té o bebidas sin alcohol. (N. del A.) < <